

NIPPUR

DE LAGASH

ALLÁ EN LA MONTAÑA
DE LOS LOBOS

ROBIN WOOD
RICARDO FERRARI
RICARDO VILLAGRÁN
JORGE ZAFFINO



50
ANIVERSARIO

Vol 24

**ALLÁ EN LA MONTAÑA DE LOS
LOBOS**

LOS PERROS DEL MAR

LA CADENA

EL DÍA DE LOS FUEGOS

MUERTOS

EL HOMBRE QUE NO TENÍA

MUERTE

LA SERPIENTE DE LA VIDA Y LA

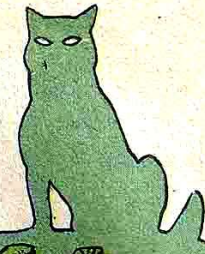
MUERTE

LA PUERTA

NIPPUR DE LAGASH

Por ROBIN WOOD-
RICARDO FERRARI

(E-162)



CALLA EN LA MONTAÑA DE LOS LOBOS



Dibujos de ZAFFINO

Yo estaba en aquella ciudad de paso. No buscaba nada en particular y si me había detenido había sido más por hambre que por curiosidad, lo cual es lo normal.



Saciar mi hambre fue fácil y en ello estaba cuando oí las voces.

¿Lo hicieron otra vez?



Sí. Como siempre se llevaron varias ovejas. Y como siempre sólo asustaron al pastor.

Pero mi curiosidad es una pequeña mujer de inmensos apetitos. Cuando no busco nada todo me encuentra, así que agucé mi oído.

¿Y qué haremos? Esto no puede seguir así.



El otro se encogió de hombros y dejó unas piezas de plata sobre la mesa.

Tal vez ofrecer una recompensa. Siempre habrá alguien dispuesto a arriesgar el pellejo para ganarla.



Cuando llegó la noche, la gente apagó las antorchas y el dueño de la taberna cerró todo con trancas. Yo no hice preguntas porque aquella gente tenía miedo. Mucho miedo.

(Y es sabio el hombre que respeta el miedo ajeno; además, quiero dormir.)



Rumor de muchos pasos ligeros y seguros que se derramaban entre las casas sin ningún otro sonido.

(Tal vez...)



(Como si fuera... Si pudiera salir ahora tal vez... vería algo.)



Cuando salí la calle estaba vacía y blanca de luna. Los edificios parecían hechos de hueso y plata y había un vago olor a polvo en el aire.

(Nada...)



Y al doblar una esquina los ví.

(Por Samás.)

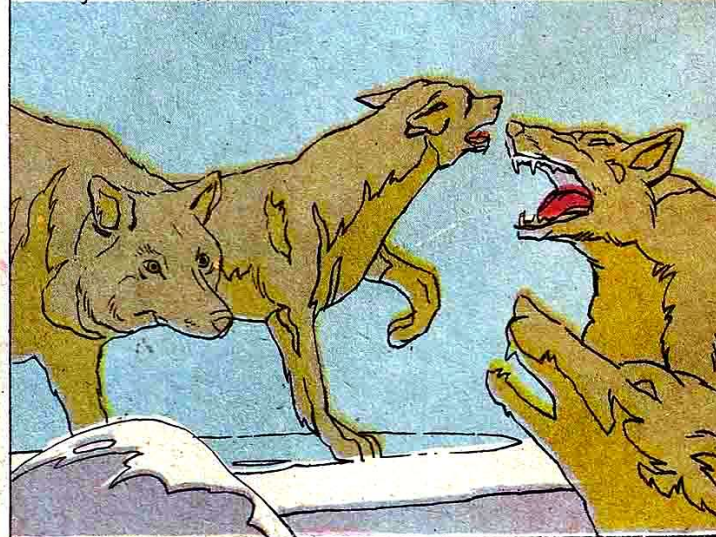


A eso de medianoche hubo un rumor de débiles pasos por las callejuelas de tierra. Alcé la cabeza.

¿Qué fue eso?



Lobos. Lobos de piel hirsuta y dientes amarillos. Decenas de ellos girando en silencio. Lobos de ojos oscuros y rapaces que avanzaron a mí, quemándome con sus ojos de fuego. Lobos mojados de miedo y de silencio.



Lentamente llevé mi mano a la espada.

(Samás, dios de la misericordia, no lo permitas.)



Por un momento pensé en aquellos dientes cerrándose sobre mi carne y en aquellas pieles salpicadas por mi sangre. Pero, repentinamente, dieron media vuelta y se marcharon.

(Pero...)



Antes de salir del pueblo uno de ellos se detuvo y aulló. Todo mi cuerpo tembló y yo supe que las madres negras habían pasado junto a mí y me habían dejado de lado.



A la mañana siguiente faltaron muchas ovejas. Los pastores contaban extrañas historias de lobos que caminaban erguidos y despedían fuego por los ojos y los habitantes hablaron de ruina y hambre y del invierno cercano. Nadie abandonó la ciudad y pudo ver los sembrados pudriéndose en los campos.

(El miedo los ha encerrado...)



Sí, todos tenían miedo. Un miedo que los arrastró hasta una de las pequeñas casas cerca del gran zigurat y...

Anciano. Es inútil decirte lo que ocurre pues lo sabes bien. ¿Qué haremos?



El era considerado el más sabio simplemente porque era el más viejo y sorprendentemente no era un error en este caso.

Sólo hay una solución para que nuestra ciudad no sea destruida.

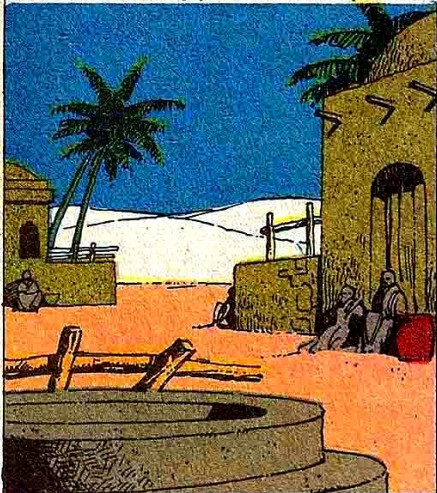


Todos guardan silencio. Y, dentro de ese silencio, crepitaba el paso de los lobos.

Envíen mensajero a todas las comarcas. Quien nos libre de los lobos podrá pedir lo que desee. Y le será concedido.



El anciano y el pueblo aguardaron todo el día sentados en la puerta de sus casas. Esperando otro día más. De vez en cuando un jinete cruzaba el horizonte pero siempre torcía su camino y pisoteaba las esperanzas.



La tarde ya se hacía noche cuando llegó él.



Era encorvado y feo y a su paso los niños se aferraban a sus madres. Llegó hasta nosotros y levantó la cabeza deforme cubierta por un pelo seco y quebradizo. Tenía ojos luminosos y geniales y una alegre sonrisa bajo la nariz rota.

Mi nombre es Kallaj. Soy pastor de la meseta del norte.



El anciano se puso de pie.

Tú. Te recuerdo. Viniste aquí un tiempo.

También yo los recuerdo a ustedes, anciano. Aunque no lo quiero.



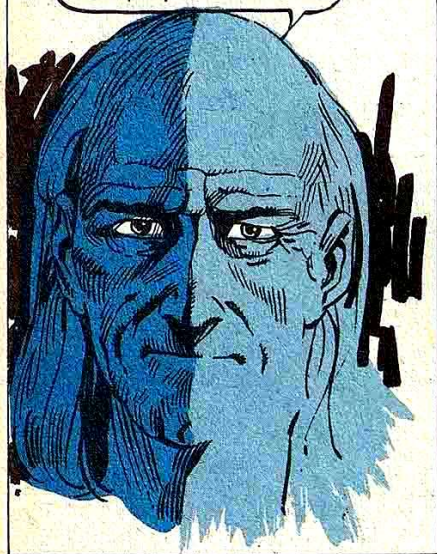
¿Vienes por los lobos?

Vengo por los lobos. Yo puedo acabar con ellos. Sé cómo hacerlo.



Alguien corrió la voz y lentamente la gente lo fue rodeando.

¿Y qué pides a cambio?



Kallaj sonrió y vi a todos retroceder un paso. Tenía brazos macizos y peludos y un bestial tórax de jabalí...



Una vez viví aquí. Una vez ustedes se rieron de mí y me apedrearon. Por eso he vuelto. Por eso el precio será alto. Quiero algo que codicié desde lejos y desde entonces sueño con poseer.

Extendió la mano huesuda. Un dedo quebrado y sucio señaló algún punto entre la gente.

Mi precio es ella. Esea.



Oí un grito de perros y la vi. Era muy joven y muy hermosa. Sus cabellos negros le llegaban hasta la cintura y su rostro era una joya como ningún artista podría cincelar. Llevaba ropas lujosas y alhajas de plata. Se estremeció de repulsión y vi su cuerpo perfecto temblar bajo la seda.

No...



Junto a ella un joven de anchas espaldas se adelantó con los ojos echando chispas. Vestía muy bien y un collar lo identificaba como un notable.

¡No! ¡Ella será mi esposa y tú no...!



Varias manos lo sujetaron y la mirada burlesca y oscura de Kallaj lo hizo callar.

Pides demasiado, Kallaj. No soy tan espontáneo como Ainto pero lo comprendo.



El anciano miró al joven e hizo una seña. Alguien empuñó una estaca.

Pero si haces lo que te pedimos será tuya.



¡No! ¡Nadie me quitará lo que...!



El golpe lo calló y ya nadie más se ocupó de él.

¡Ah!

Ve. El pacto está concertado.

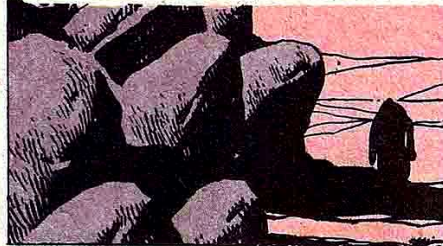


Kallaj miró a la muchacha correr calle abajo

El pacto está concertado. Tú lo has dicho. Recuérdalo. Tú ocúpate de la muchacha. Yo me ocuparé de los lobos.



Se alejó caminando trabajosamente por el camino de tierra. En alguna parte un lobo aulló y todos volvieron a sus casas. El viento alzó remolinos de polvo...



Esa noche no vinieron.



Pero, al cuarto día, él volvió.



Traía una correa de cuero sobre el hombro y por debajo de sus cejas boscosas se veía el brillo de sus ojos. El anciano salió a recibirlo y la gente, formó un anillo a su alrededor. Lentamente, se arremolinó en torno a él.



Vengo por ella.

¡No! ¡Yo no...!

El anciano hizo un gesto y cuatro lanzas se apoyaron sobre el pecho del muchacho. A nadie le gustaba aquello pero el precio de la propia cobardía siempre es alto.



Llévala. Y nunca más vuelvas.

Se perdieron en el camino y todos se volvieron a sus casas tratando de no mirarse. La vergüenza los aplastaba.



¿Cómo puedes disponer así de ella? ¿Tan poco te importa?

Ella es mi hija.



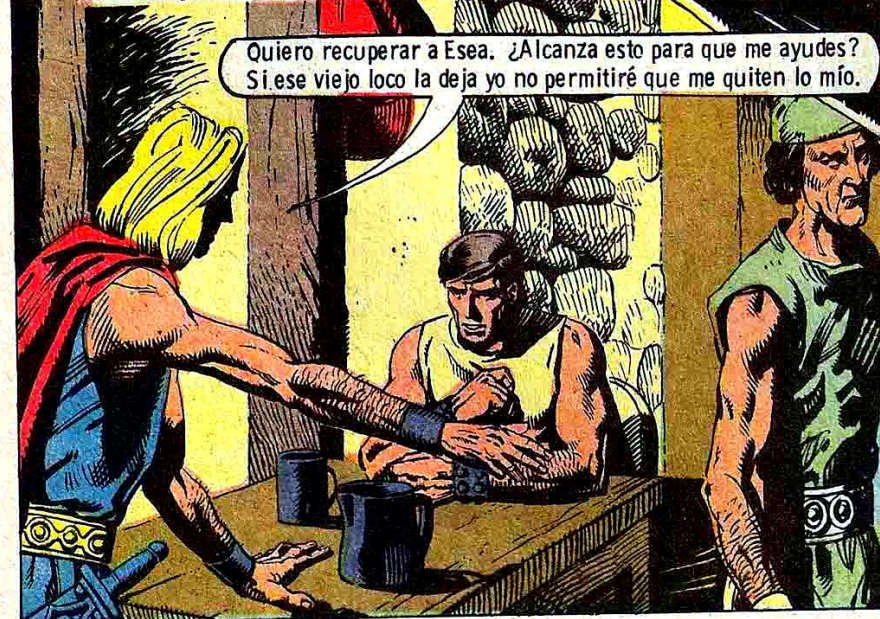
Ni lo miré cuando se iba pero, mientras el viento me trajo el eco de sus pisadas, sentí algo de lástima y de admiración por él. Era un hombre preso de su propia justicia. Y lo sabía.

Durante los días siguientes el joven Ainto recorrió todas las tabernas y habló con muchos hombres que llevaban armas, mostró oro y pagó bebidas generosamente. Eso significaba que...



(Parece buscar algo.)

Vino hasta mí y dejó algunas piezas de oro sobre la mesa. Se sentó a mi lado y me sirvió vino.



Quiero recuperar a Esea. ¿Alcanza esto para que me ayudes? Si ese viejo loco la deja yo no permitiré que me quiten lo mío.

Mi curiosidad alzó la cabeza como una serpiente y yo acepté.

¿Cuándo salimos?

Mañana en la mañana. Nos acompañarán otros tres guerreros.



Cuando salimos la gente nos siguió con los ojos en silencio. No les importaba en absoluto lo que sucediera con Esea. Pero querían que alguien lavase todo aquello que les recordaba aquel enano llamado Kallaj, que, de alguna manera, se había burlado de ellos. La burda silueta del deforme parecía refr en las retinas de cada uno de ellos.



Al vernos pasar el anciano alzó una mano temblorosa. Siempre había creído en la justicia. Y ahora también. El joven Ainto evitó sus ojos y pasó a su lado sin detenerse.



Yo bajé la cabeza. Los ancianos que creen en ideas sufren demasiado con las estupideces de los hombres. Y aquel anciano creía realmente en su justicia, en su palabra y en muchas otras cosas que ahora eran pisoteadas en esa calle polvorienta por un hombre enamorado y cuatro rufianes.



La meseta queda sólo a tres días de marcha. Es terreno de rocas y más allá están los grandes bosques de la montaña.

Por suerte no ha cubierto sus huellas.



Durante todo el camino Ainto no despegó los labios. Avanzaba reconcentrado quemado por la fiebre de su amor y de su odio.

(Será desagradable ver el choque.)

Sentí lastima, una lástima irónica por ese muchacho pálido y reconcentrado, perseguido por sus pesadillas de cabellos negros y rostros de joyas.

Cuando le ponga las manos encima seré feliz. Regaré las rocas con su sangre hasta enrojecer el desierto.



Lentamente fuimos ascendiendo la montaña. Hasta que a la tercera semana un roce sobre las piedras me despertó. Un roce de patas acolchadas y ágiles.



Los otros dormían y decidí no despertarlos. Me deslicé lejos del ojo del fuego y...

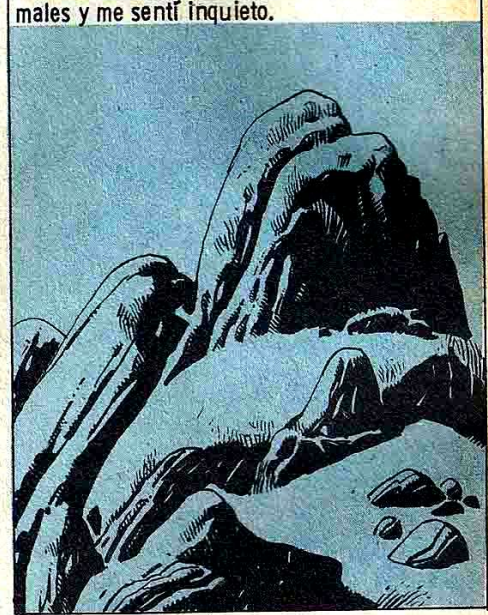


Volví a dormir. Una sospecha germinaba en mí y susurraba en mi oído cosas extrañas. Recordé viejos cuentos sobre las gentes de la montaña que poseen secretos de almas y animales y me sentí inquieto.

Era un lobo inmenso parado sobre una roca: nos observaba con sus ojos rojos, inmóvil. Una baba de vapor brotaba de sus fauces...



Me inmovilicé un instante allí, bajo sus pupilas rojas, y de pronto desapareció.



Al mediodía siguiente llegamos a lo alto de la meseta. El aire era allí vivificante y fuerte, oloroso a rocas y a nido de águilas.



Había allí una cabaña de piedra rodeada de corrales y pulcros sembradíos. Y en la puerta una muchacha estaba amasando harina. Una muchacha vestida con ropas burdas, el cabello mal atado y una mancha de hollín en una mejilla. Esea.



Apoyó la mano en el pomo de la espada y avanzó. Sorprendido oí que la muchacha canturreaba.



¡Esea, soy yo! ¡He venido a rescatarte!

Ella levantó la cabeza y la vi mucho más hermosa que antes. Vi una luz de sorpresa en sus ojos.



Ah, tú. ¿Y a rescatarme de qué?

El muchacho vaciló y vi en sus ojos la sorpresa. Tartamudeó.



¿Cómo dices? He venido a llevarte conmigo para que seas mi esposa.

Ella hizo un gesto de cansancio con la mano y volvió a su harina.



Oh, olvídale. Tengo que apurarme a cocinar. Mi buen Kallaj está por llegar y siempre viene hambriento cuando ha ido de caza.

Mi carcajada debió escucharse en la morada de los dioses.



¿Tu buen Kallaj?

Yo estaba en el suelo, llorando de risa, mientras Ainto farfullaba algo, aturdido, tratando de absorber el sentido de lo que oyerá.



Pero... Tú no puedes... El es un monstruo...

Es mi hombre.

Apareció entre las rocas, caminando despacio. Traía sus ropas remendadas por manos de mujer y ya no parecía tan repulsivo como antes.



Tú...;perro deforme, ¡tú la has embrujado!

Detrás de él una veintena de lobos arreaban una majada inmensa. Al ver a los guerreros mostraron sus fauces babeantes.



Pero...

Creo que es mejor que nadie se mueva.

El más grande de los lobos se adelantó y se echó a los pies de Kallaj con los ojos clavados en nosotros y la lengua colgante.



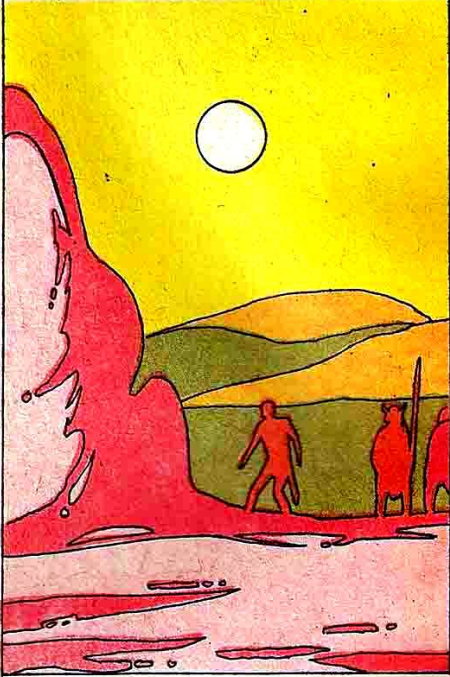
¿Qué buscas aquí, pequeño?

Aínto enloqueció. No vio a los lobos, no vio nada. Sólo a aquel hombrecito deforme que lo había convertido en hazmerreír y que lo contemplaba sardónicamente con la cabeza torcida sobre un hombro.



¡Te mataré, maldito seas! ¡Monstruo!

Busqué una piedra. Si no lo paraba, aquel idiota se haría matar.



Ella se dio cuenta de lo que iba a hacer y se sonrió.

Oh, no te preocupes. Mi hombre sabe hacer las cosas.



Tu hombre, ¿eh?

Se ruborizó y supe que era feliz. Había perdido el brillo pálido de la ciudad y se la veía robusta y madura, consciente de sí misma y de la tierra que pisaba.



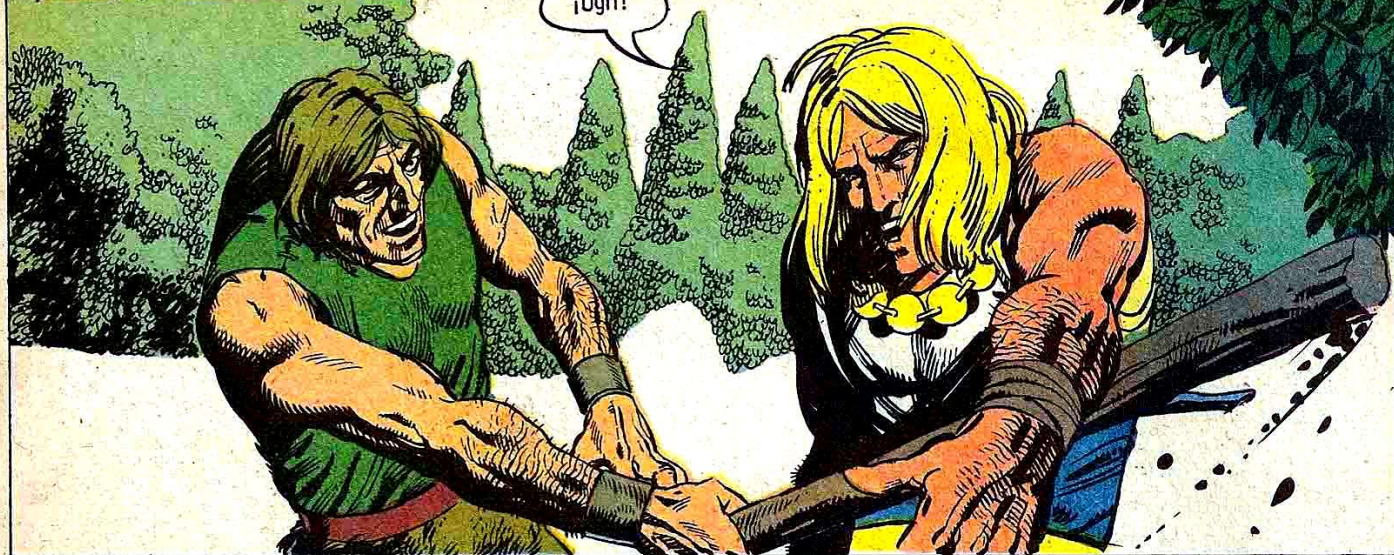
Sí. El. Mi hombre.

Kallaj hizo un gesto y los lobos (sus lobos) se sentaron en el suelo.



Hoy vas a aprender algo, muchacho.

El primer golpe le dio en el estómago.



Estaba doblado y gimiendo en el suelo cuando un puntapié le hizo dar una media luna en el aire.



Quedó tirado en el suelo, gimiendo con su cuerpo perfecto magullado y polvoriento. Alzó la cabeza y aulló:

¡Mátenlo! ¡Cien monedas de oro a quien lo mate!



Uno de los tres que venían con nosotros tensó su arco. Sus músculos se hincharon bajo la luz del sol y vi la punta de bronce chispear. Yo aún tenía la piedra en la mano...



Los tres me observaron. Después fijaron la vista en el círculo de lobos que gruñían erizando los pelos duros de sus lomos y por fin se miraron entre ellos.



El muchacho seguía en el suelo, casi sollozando de cólera, de frustración y de humillación.

Es ridículo pelear por una mujer. Deje-
mos que ella decida.



Ella ni se molestó en responder a eso. Con un grito de alarma co-
rrió al fuego.

¡Lo que me temía! ¡La masa casi se ha quemado!



Ayudé al muchacho a ponerse
de pie y le devolví su espada. Las
lágrimas habían dejado marcas en
sus mejillas polvorientas. Hipó y
murmuró:

No puede ser. Ella y ese
monstruo...



No trates nunca de comprender a una mujer, Ainto.
No puedes. Nadie puede. Vuélvete a la ciudad y olvi-
da. Es lo mejor.



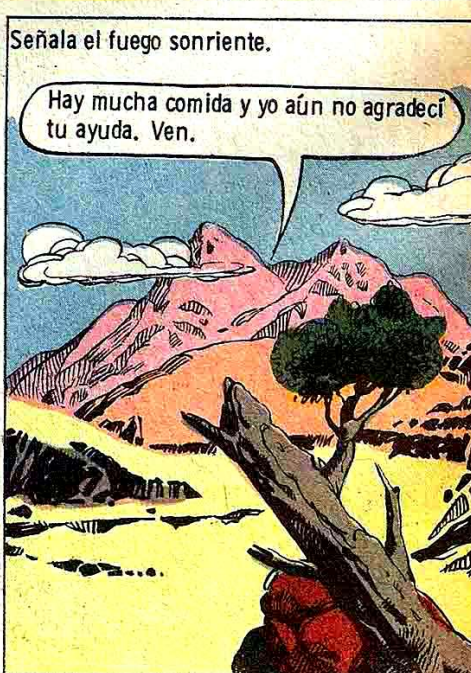
¡Eh tú, guerrero!

¿Sí?



Señala el fuego sonriente.

Hay mucha comida y yo aún no agradecí
tu ayuda. Ven.



Contemplé a los lobos que se disputaban huesos y trozos de carne cerca nuestro y...



No parecen tan feroces como cuando marchaban por la ciudad.

Oh, eso...

Cuando estuve en la ciudad la primera vez y vi a Esea, supe que debía tenerla pero también supe que nunca podría pedirla. Me hubieran muerto a pedradas de haberlo hecho. Pero yo no renuncié nunca.

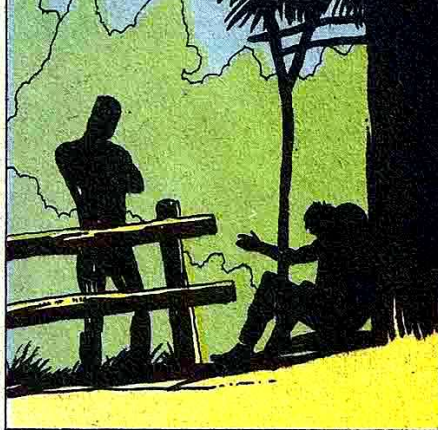


Soy hombre de las tribus de la montaña y soy hombre de lobos. Decidí que era ésa la manera de conseguirla. Los aturdí de terror y cuando se rindieron los busqué y los libré de sus pesadillas.

O sea de tus propios lobos.



Se rió maliciosamente y no pude menos que imitarlo. Un deforme y astuto hombrecillo, más astuto que toda una ciudad y más hombre que todos ellos juntos, que había hechizado a la más hermosa muchacha con su silbido de animal.



Lo repito otra vez para vuestros oídos sordos: ¡la carne está lista!



Fue una de las mejores comidas de mi vida. Allá, en la montaña de los lobos.



FIN

NIPPUR DE LAGASH

LOS PERROS DEL MAR

(E-161)

Por ROBIN WOOD-
RICARDO FERRARI



Siempre me gustó el mar. Siempre he sido esclavo de su magia y de su promesa maravillosa. Me he embriagado con el chillido de las gaviotas, su suelo blanco y el duro latir de su oleaje.



Claro que, en un mar picado sobre un barco cargado de ovejas que hieden a cualquier distancia, las cosas empezaron a verse de otra manera.

¿Y esas ovejas? ¿Por qué no las lavan, o algo así?



El capitán era un hombre avariento y bonachón, con un talento especial para preguntar tonterías.



¿Le sucede algo, señor? Se lo ve... verde.

No es que me vea verde, hijo de un asno. ¡Me siento verde!



También había una pareja y eso era algo inusual. Los marineros prefieren no tener mujeres en los barcos pues creen que traen mala suerte. Yo he comprobado que eso no se limita sólo a los barcos.



Mi nombre es Runa, señor, y este es mi esposo Anom. ¿Podemos ayudarte en algo?

Los dos viajaban al templo de Samás-Fertilizador, más allá del brazo del mar, a pedir un hijo. Hacía seis años que vivían juntos y no habían podido tenerlo. Boqueé y traté de parecer optimista.



Gracias, mujer. no es necesario...

El único que hacía ese viaje sin más motivos que el hecho de no tener nada mejor que hacer en otra parte era yo.



(Samás, haz algo. No permitas que este maldito barco se siga sacudiendo así.)

Claro que el padre Samás tiene a veces una manera un tanto peculiar de responder a los pedidos.



¡Barco a la vista!

¿Qué? ¿Hay más idiotas navegando hoy?

El capitán se apoyó en la borda junto a mí.



Mira la vela de ese barco, señor. Mírala con atención.

El dibujo mostraba el esqueleto de un pez. Yo recordé cosas dichas en tabernas y traté de mostrarme impresionado pero el estado de mi estómago no me lo permitió.



Tal vez sean... Son los piratas de la costa.

Tardarán hasta mañana para alcanzarnos. Y cuando lo hagan, pasarán sobre nosotros a sangre y fuego. Siempre hacen así. Son los perros sanguinarios del mar. ¡Maldita sea nuestra suerte!



Súbitamente se me pasó el mareo, olvidé las ovejas y en vista de lo sucedido decidí no pedir más nada a Samás por un tiempo.

Y además he perdido mi buen humor. Maldito sea



Eso no es nada. Pronto tal vez perderás el pescuezo también.

Entre los marineros comenzó a haber cuchicheos. Miraban a la pareja y hablaban entre ellos.



¿Oíste sucede?

La mujer.

Los marinos dicen que una mujer a bordo trae mala suerte. Protestaron cuando la acepté como pasajera y creo que ahora estarán convencidos de que ella trajo la desgracia sobre nosotros.



Esas son idioteces y tú lo sabes.

Se encogió de hombros y dio media vuelta. El sabía que no necesitaba de ningún dios para navegar pero sus tripulantes no pensaban igual. Y sus tripulantes eran muchos.



(Y los piratas se acercan poco a poco...)

Entonces el viento nos trajo los alaridos desde el barco perseguidor y todos callaron.

(Se están asustando. Valen poca cosa en pelea pero asustados valdrán mucho menos.)



Cuando llegó la noche, desde el barco pirata nos llegaron gritos, insultos y obscenidades.

Son muy astutos. Matan la esperanza prometiendo el fuego y las amenazas para todo aquél que se resista.



La madre de una muchacha que conocí hacía lo mismo.

Saben que así les tendremos miedo y apenas habrá pelea. Muy astutos.



Entonces se me ocurrió que estaban a poco más de un tiro de flecha. Les llevaría hasta la mañana alcanzarnos.

Pero ahora están a poco más de un tiro de flecha.



¿Y con eso qué?

Busqué el arco más grande que pude hallar en el barco y la flecha más larga. La pareja asustada por el rúmoreo de los marinos se me acercó...



¿Qué harás, señor?

Conseguí aceite, un trozo de tela y una antorcha.

Saludar, mujer. Saludar a nuestros amigos.



Armé la flecha y fui a popa. El viento nos daba de frente, y tanto los piratas como nosotros nos movíamos a fuerza de remos. Dí la antorcha al joven marido.



Me eché de espaldas a la madera salada y tensé el arco valiéndome de pies y manos.



(Ahora, enciéndelo.)

Encendí la flecha y la lancé. Una línea de luz se estremeció un poco en el viento.



Se ensartó en uno de los remos del barco pirata. Tardaron poco en apagarla.



Ah...entiendo.

Detrás de él había un gigantesco negro, probablemente un esclavo de Creta, que aún tenía las cadenas que lo sujetaban al remo colgando de las muñecas.



Cuando veas que el barco se acerca, lánzales una. El viento empujará tu flecha y frenará la de ellos. Si haces bien lo que te digo quedarás libre.

El negro se tiró al suelo y tensó el arco. La antorcha arrancó reflejos de su piel.



Será mejor pensar algo más. Esto es sólo una demora...

Señor... ése es mi esclavo y tú no puedes darle libertad sin consultarme.

Vi una flecha encendida cruzar el aire. Una idea cobraba formas en mi mente.



Escucha, idiota, sólo si haces lo que le dije podremos intentar algo. ¿Y si nos matan, para qué quieres un esclavo?

Bah. No creo que un arquero los detenga mucho tiempo.



Yo tampoco.

Esta respuesta consiguió que el capitán se pusiera lívido. En ese momento un grupo de marinos llegó hasta nosotros.



¿Qué pasa ahora?

Uno de ellos se adelantó. Le faltaban los dedos de una mano y era tuerto.



La mujer, señor. Hemos decidido sacrificarla. Es ella la que trae mala suerte.

El esposo dio un salto y se arrojó sobre el marino.

¡No! ¡A ella nadie la...!



Un golpe de la mano sin dedos bastó para librarse de él.



Un momento. Tú no eres hombre purificado. En vez de calmarlos eso traería la cólera de los dioses sobre nosotros.



Yo mismo haré de sacerdote. ¡Ah! La sacrificaré.



Soy sacerdote de Samás y debo ser yo quien la sacrifique. Traiganla.



La trajeron a la rastra desde algún rincón de la bodega. Estaba desgredada y sucia y el terror la poseía.

No temas. Samás ha dispuesto todo.



No... No quiero morir...

La envolví con mi manto y la llevé al camarote del capitán, a la rastra, chillando y suplicando.

Esperen aquí. Ella y yo debemos orar.



El negro achicó los ojos. El barco pirata trataba de acortar distancias. Algunas flechas salían de él, sólo para caer al agua.

Otra ahora.



Hubo un zúmbido en el aire y un alarido llegó desde el barco pirata.

Pero...



Un cuerpo envuelto en llamas se arrojó al agua.

Mi libertad, capitán. ¿Recuerdas?



Bah. Jamás llegaremos a la costa.

Al poco rato subí a la cubierta. La tripulación me esperaba en silencio, con los rostros amarillos a la luz de las antorchas que estaban en el viento. Desde lejos se oía el ulular de los piratas...



Alcé el cuchillo y murmuré algunas de las fórmulas rituales que recordaba vagamente...



Muchas manos lo sujetaron. La hoja de metal brilló entre mis manos. Algunos marinos desviaron la vista.



El hombre aulló desesperado. Las antorchas estallaban furiosamente en el viento y el mar bramaba hambriento a nuestro alrededor...



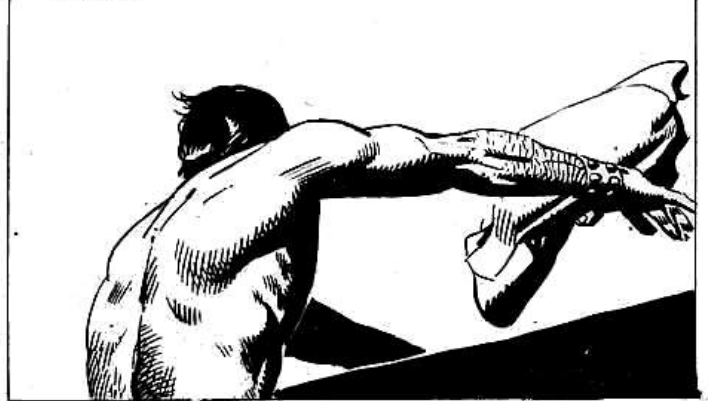
Hundí el cuchillo en la carne tibia y la sangre me salpicó el pecho y los brazos.



Levanté el bulto sanguinolento y me acerqué a la borda.



Lo dejé caer y pudimos oír el estampido contra el agua... luego el mar bramó.



Escuché el zumbido de la cuerda de un arco. Otra flecha voló hacia el barco pirata, dejando un reguero de chispas.



Allá, en el otro barco, brillaron una docena de escudos. La flecha se quebró contra ellos y cayó al mar.



En ese momento retumbó un trueno. Alcé los ojos y vi el cielo pesado y encapotado.



¡Escuchen!

Samás ha aceptado el sacrificio. ¡Oíd su voz! Y permite que los piratas lleguen hasta nosotros porque vamos a exterminarlos. ¡Yo os guiaré!



Nunca sabré si realmente tenían tanta fe en Samás o si un simple estudio de posibilidades les hizo ver que no había otra cosa para hacer.



Levanten los remos.

Capitán, escucha lo que vas a hacer...



Se lo dije y lanzó un chillido que hasta los piratas enmudecieron por un momento

¡No! ¡Mis tapices de Hiranía! ¡Mis aceites de Creta! ¡No! ¡Me niego!



Escucha, idiota... Harás lo que te digo, ¿me oyes?

Hay gente que me hace montar en cólera. Y aquel capitán era uno de ellos. Además el griterío de los piratas cada vez más cerca me arruinaba la paciencia.



¡Pues si no hace lo que te digo, les ahorraré una tortura a los piratas!

Calma... Calma...

Se fue refunfuñando a la bodega, seguido de varios marinos, y yo me recosté en la borda mirando el navío crecer detrás nuestro.



(Bueno. Ahora sólo resta esperar.)

El negro se puso de pie e hizo crujir todos sus huesos...

Fui jefe de cien en mi país. Dame una espada y sabrás por qué.



Aquellos marinos sostenían sus armas como si fueran cocineros. Jamás pelearon con otra cosa que con sus mujeres y la mayoría perdió siempre.

¿Piensas vencer con esos guerreros? O Samás es muy poderoso, o tú eres un idiota.



Aquel gigantesco negro me estaba cayendo simpático. Pareció uno de esos guerreros dispuestos a aceptar todas las catástrofes con el mejor de los ánimos. Iba a decirle algo cuando el capitán llegó hasta nosotros. El negro rió.



Mira quién llega. ¡El dios de la guerra hecho hombre!

Eché una mirada espantada sobre la borda.

Nos matarán a todos...



Despreocupate de eso. ¿Trajiste lo que te ordené?

De pronto recordó la situación y reinició gemidos.



Ya hice lo que me mandaste. ¡Ay! ¡Mis tapices, mis aceites... ¡Ay!

Iba a tirarlo por la borda pero el negro se me adelantó y con un magnífico puntapié lo lanzó rodando entre las piernas de los marineros.

Se supone que es tu amo, ¿no?



Acarició el filo de su hacha.

El que tiene un remo entre las manos es un esclavo. El que tiene esto no.



Los piratas pusieron su barco junto al nuestro. Veían una presa fácil y les extrañaba que nos hubiéramos detenido. De alguna manera el capitán apareció junto a nosotros.

¡Ay!

¿Qué pasa ahora?



¡Ese es el barco de Arum, el más sanguinario de todos!



¿Siempre es así de valeroso?

No. Sólo mientras esté vivo. Cuando se muera supongo que gritará menos.



¡Sí! Y eso no tardará.



Los piratas se lanzaron al abordaje. Recién entonces se me ocurrió que tal vez ésa fuera mi última pelea. Es increíble que en momentos poco adecuados se pueda tener pensamientos así.



¡Ahora! ¡Los remos!

Entonces los marinos pegaron fuego a los extremos de los remos que habían envuelto con los tapices y los sacaron por encima de la borda.



¡Cuidado! Van a...

Esta vez los alaridos fueron de dolor. Vimos numerosos cuerpos envueltos en llamas rodar por cubierta aullando. Un gigante de cabellos largos bramó...



¡Apaguen eso! ¡Como que soy Arum, que nadie quedará con vida!

Los marineros estaban en cubierta enredándose con sus armas y tratando de encontrar un poco de coraje.



¡Al abordaje, hijos míos! ¡Samás nos protege!

Vi al negro con el hacha destrozando todo a su paso y lo escuché maldecir en su idioma y en el mío. El y yo éramos los únicos guerreros.



Yo, yo soy el que ha hecho todo esto.



Nunca en los anales de guerra hubo un jefe que cargase con una pesadilla igual de inútiles. De no estar los piratas casi ciegos por el fuego y el humo ninguno de ellos hubiera llegado jamás al otro lado...



Corrí entre el fuego y el humo y los cuerpos enlazados. Había una sola manera de terminar pronto aquello.

¡Arum! ¡Cerró!
¡Ven y pelee!



Eso lo hizo saltar. Era veloz y temible como un leopardo y estaba enloquecido por el fracaso.

¡Perro!



E incluso así, bastó con que alguno de los perros del mar pudieran empujar sus armas para que el entusiasmo se les evaporase...



Arum corrió hacia mí rabioso. No comprendía lo que ocurría, ni cómo una presa fácil se había convertido en una trampa mortal.

¿Quién me busca?



Esquivé a duras penas sus golpes y esperé una oportunidad.

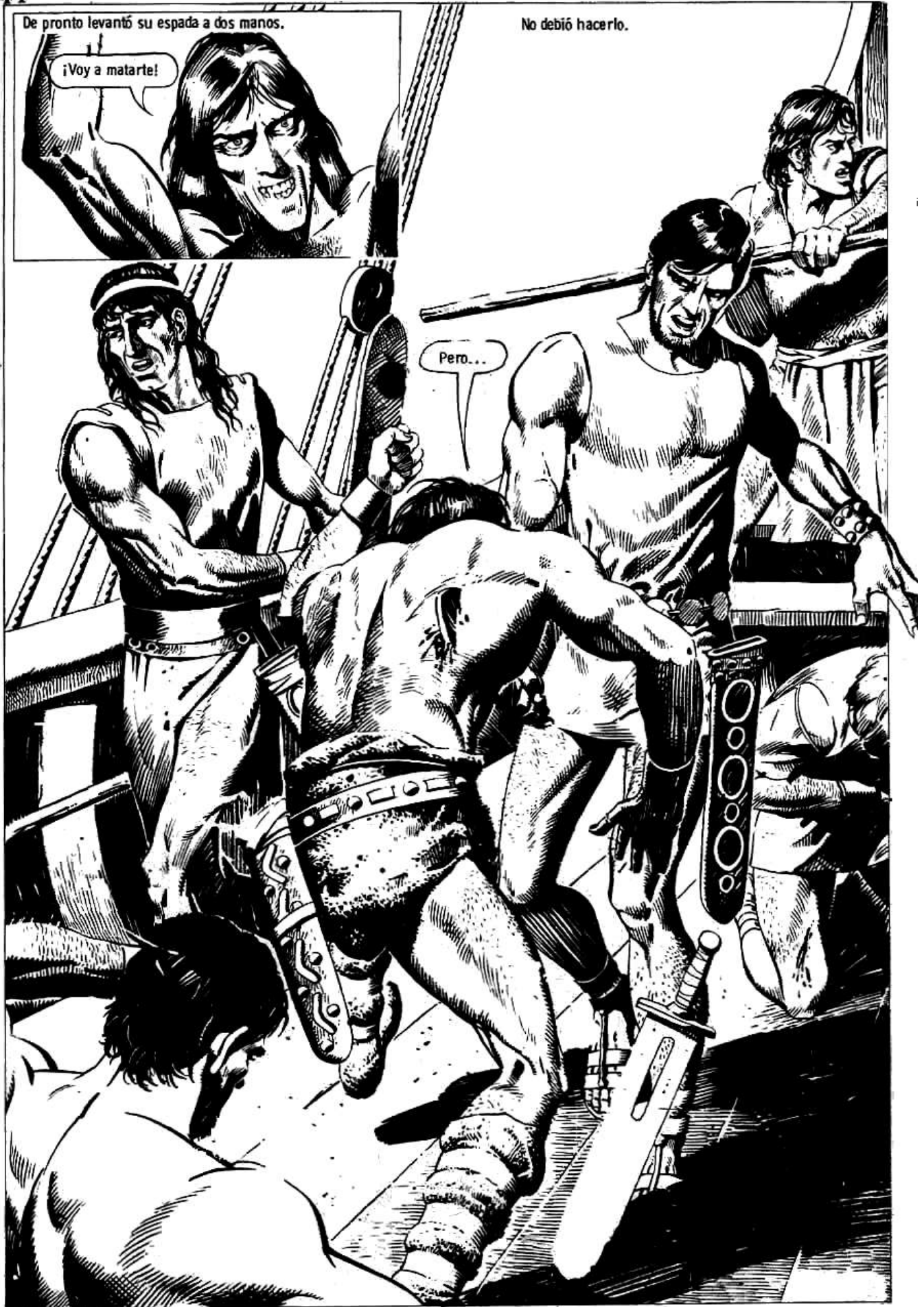


De pronto levantó su espada a dos manos.

¡Voy a matarte!

No debió hacerlo.

Pero...



Cayó de rodillas, sin terminar de aceptar que se estaba muriendo sobre un barco que se hundía, en medio de llamas y muertos, él, el más temible de los piratas.

Pero... No... No. Somos invencibles...



Sacudió las piernas y con un último estertor murió aún atónito, aún negando la derrota.



¡Basta! ¡Arum ha muerto! ¡Basta!



Todo terminó y los marinos bendijeron a Samás y su sacerdote (eso era yo) mientras llevaban a nuestro barco las riquezas de los piratas.



Los dioses te colmen de riquezas, Nippur. Eres un gran sacerdote.

En ese momento una voz de mujer llegó desde la bodega. Todos se detuvieron estupefactos.

Ah... capitán... tengo que hacerle una confesión.



Pero... ella... entonces... ¿no la sacrificaste?

Runa se había recuperado del puñetazo que le di para que callara y gritaba como una condenada.

Creo que deberás contar tus hediondas ovejas. Me temo que falta una.



¿Qué? ¿Mataste a una de mis ovejas? ¡Tú eres mi ruina!

Se encaminó a la bodega con su trote ridículo. Al llegar junto al negro, que estaba tendido en el suelo, le acercó un pellejo de vino.



Bebe, idiota. Estoy orgulloso de tener un esclavo como tú...

El negro sonrió con su sonrisa de nieve y pasó un dedo sobre el filo del hacha. El capitán entendió...



Claro que ahora eres libre.

Se volvió hacia mí y gruñó furioso mientras la pareja salía de la bodega abrazada.



¡Esto también te lo debo a ti!

Cuando se hubo metido dentro de la bodega, el negro se puso, súbitamente, de pie y con una patada cerró la trampa...



Ahora sí creo que tendremos una navegación tranquila. No le hará mal una buena estadía allí, especialmente con este mar que se sacude cada vez más.

Nunca debió haber dicho eso. De pronto me trajo a la realidad. Me puse verde otra vez, mientras escuchaba el llanto de gozo de los esposos y los alaridos del capitán golpeando la puerta de la bodega. Un trueno retumbó sordamente y resonó en mis oídos como una poderosa carcajada que llegara de algún rincón misterioso del cielo. Tal vez. ¿Por qué no?



FIN

Ingrese al fascinante mundo de los DETECTIVES

Estas son algunas de las ventajas que le ofrece la PRIMERA ESCUELA ARGENTINA DE DETECTIVES:

- No cobramos derecho de inscripción o de matrícula.
- La Escuela permanece abierta todo el año.
- No se requiere experiencia previa alguna.
- El texto de las lecciones es simple y ameno, incluyendo las técnicas más modernas de la investigación.
- Las lecciones están redactadas en forma clara, sencilla y directa y nuestro Cuerpo de Profesores vigila el desarrollo de sus estudios y aprendizaje; allanándole cualquier dificultad.
- El curso lo sigue a usted, donde quiera que fije su domicilio.

Déjenos capacitarlo para esta apasionante y provechosa actividad. Sea un aliado de la JUSTICIA y la VERDAD. Gane prestigio, honores y dinero, con la profesión del momento y del futuro. Sin distinción de sexo, ni límite de edad.

- Aprenda en su casa, sin problemas de horarios. Los cursos son por correo.
- Nuestra Institución, fundada en 1953, mantiene una reserva absoluta sobre toda la correspondencia.
- Enviamos toda nuestra correspondencia en sobres sin membrete.



PRIMERA ESCUELA ARGENTINA DE DETECTIVES

DIAGONAL NORTE 825 - 10° Piso - BUENOS AIRES

**GRATIS
SOLICITE
FOLLETO**

NOMBRE Y APELLIDO

Domicilio

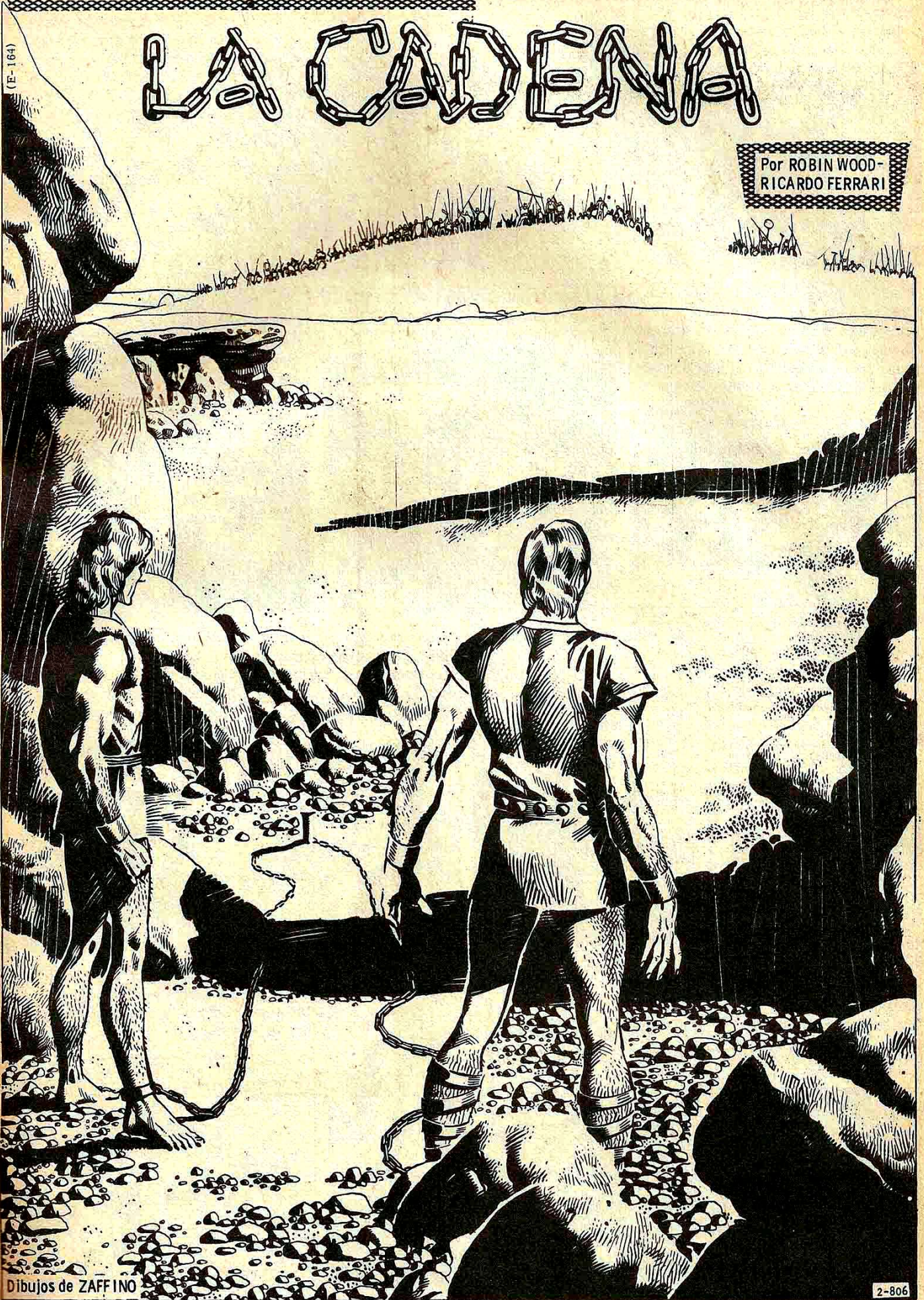
Localidad

Pcia.

NIPPUR DE LAGASH

LA CADENA

Por ROBIN WOOD-
RICARDO FERRARI



Fue una bendición para mi cansancio y mi calor, para mi sed y mi aburrimiento de soledad. Iba camino de las tierras pardas cuando aquel pueblo apareció al borde del camino. Mi sed me sujetó y me llevó a una taberna.



Era como cualquier otra, fresca y oscura, olorosa a vino, a cuero y aceite.



¡Cuatro! ¡Ganó otra vez!

Los parroquianos hablaban en voz baja y el rumor de masticación era grasoso y repetido. Vi a numerosos hombres de armas.



Todos llevaban espadas y las llevaban con comodidad de expertos. Jugaban sentados sobre sus escudos y se lanzaban sangrientos insultos con indiferencia.



No os preocupéis, pobres diablos. Daré una revancha.

De vez en cuando aparecían hombres de aspecto furtivo y próspero y llamaban aparte a alguno de ellos. Y se veía oro cambiar de mano. Aquí en los suburbios del pueblo se compraba la muerte de los enemigos. En esta taberna paraban los que alquilaban su espada.



(Tal vez no sea el mejor lugar para comer...pero ya estoy aquí...)

Un hombre alto y enjuto entró y se detuvo en la puerta. Vestía ropas pobres y sus manos y pies estaban deformados por el trabajo brutal. Por fin balbuceó...



Guerreros...

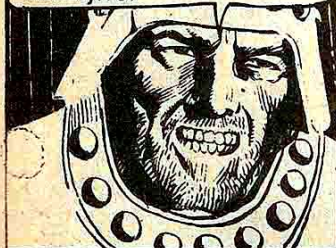
Todos dejaron de hablar entre ellos y se volvieron hacia él.

Vengo como mensajero de Miaram, que queda al pie de las montañas amarillas. Los hombres de las montañas han vuelto a asolar la región y descienden las laderas... Los hombres de las tierras altas... Los bárbaros que no siembran.



Hubo un murmullo. También yo conocía a aquellos montañeses que hacían de la guerra un oficio y de la muerte un placer. Su leyenda había llegado muy lejos.

¿Y qué esperas de nosotros, mensajero?



El mensajero bajó un poco la voz.

Pues... Quiero contratar hombres de armas que los enfrenten.



Lo que se pague por una de nuestras cosechas. Es todo lo que tenemos y es todo lo que podemos dar.



Hubo una carcajada general y sin siquiera responderle volvieron a sus dados y sus vinos. Los hombres de la montaña eran demasiado peligrosos para enfrentarlos por una cosecha.



Pero... oíd...

El mensajero se sentó a una de las mesas y no pidió nada. Era muy pobre y la desesperanza y la humillación se le notaba en cada rasgo.

(Está viendo ya a su gente cuando vuelva y les hable de su fracaso.)



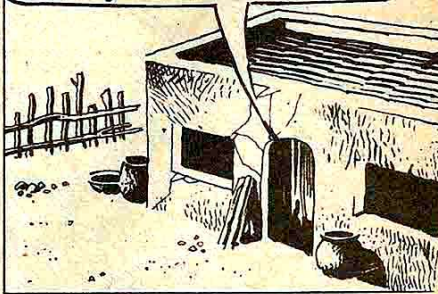
Entonces ellos se le acercaron.



Mensajero.

El más joven, tenía el pelo largo y la tez bronceada. Su cuerpo era fuerte, ligero como una flecha y con el aire felino como un leopardo...

Esos hombres de la montaña, ¿son buenos guerreros?



El otro era inmenso, y sin edad, con masa de músculos que abultaban la piel como si fueran rocas torpemente ocultas bajo un manto. Ninguno de los dos llevaba armas pero las cicatrices que los cubrían infundían respeto con sólo verlas. Todas sus cicatrices estaban en el pecho, ninguna en la espalda.



No los hay mejores en toda la región.

Queman y saquean todo lo que los rodea. Son bárbaros y no dejan sobrevivientes. Mi pueblo está en la ruta que ellos llevan y eso significa que lo arrasarán durante su marcha. Bajan en pequeños grupos y buscan botín y mujeres y no perdonan a nadie.



El más grande de los dos cruzó los brazos y el otro lo imitó. Cambiaron una mirada.

Nosotros no sabemos pelear, somos gente de la tierra...



Mi hermano y yo iremos.



Hay poco en la aldea. Somos muy pobres. Me has oído...

El más joven sonrió.

Mi hermano y yo somos sacerdotes. Hacemos la guerra por mandato de nuestro dios. No porque sea bien pagado. Con que nos den de comer hasta que llegue la hora de pelear será suficiente.



Me puse de pie y caminé hacia ellos. Nunca había oído hablar de esos sacerdotes, pero un hombre que hace de la guerra una religión debe pelear muy bien. Y me sentí curioso y mi curiosidad es un defecto invencible en mí.

Espera, campesino...



Se volvieron hacia mí...

También voy. No soy guerrero por religión pero acepto la misma paga que ellos.



A la mañana siguiente iniciamos la marcha. El campesino marchaba al frente, deshecho de placer por el resultado de su misión. Nosotros lo seguimos sin apuro.



El más joven cantaba mientras cabalgábamos y el otro marchaba a nuestro lado con un paso elástico y regular. Un paso de combate, de guerrero acostumbrado a mil marchas.

Guerrero, ¿puedo hacerte una pregunta?



Dejó de cantar y se volvió hacia mí.

¿De dónde son ustedes? He andado muchas tierras pero nunca oí hablar de sacerdotes guerreros.



Sonrió. Era joven, tal vez, pero no le faltaba madurez. Se envejece rápido en los campos de batalla.

Somos de una tierra que está rodeada por el mar, más allá de los grandes arenales del este...



Desde siempre fuimos atacados por piratas, saqueados y masacrados, y entonces los sacerdotes decidieron que tres de cada cuatro hombres se dedicaran a la guerra, de lo contrario nuestra raza hubiera sido destruida finalmente.



Desde entonces apenas podemos andar se nos enseña a pelear, a marchar, a usar todas las armas. Pero sucedió algo. Los piratas no han vuelto a nuestras costas tras haber sido destruidos por el Gran Teseo y nuestros dioses no nos han dicho que dejemos las armas. Así que muchos abandonamos la costa y salimos a guerrear en otras tierras. No sabemos hacer otra cosa.



Pero tampoco somos mercenarios ciegos. Luchamos sólo cuando estamos de acuerdo con la razón de la lucha. Hemos vertido nuestras sangres pero no las hemos ensuciado. Respetamos a los débiles y a los vencidos y nunca abandonamos a nuestros compañeros, ni heridos ni muertos.



Junto a nosotros, silencioso y tranquilo, marchaba aquel formidable guerrero, sin dar muestra de cansancio. Se volvió hacia el joven y sonrió burlonamente. Se podía palpar el afecto.

Hablas mucho, chiquilín.

Cállate, gran animal.



Dos días después llegamos a las montañas, negras y duras bajo un cielo hostil.

Aquel es nuestro pueblo. Se alegrarán de saber que he conseguido ayuda. A propósito, ¿cuáles son vuestros nombres?



El más joven se irguió sobre su silla de montar.

Soy Umac. Mi hermano es Maarabat. Yo hablo mucho pero él muy poco.



Me restregué la barba. ¿Qué título podría invocar yo?

Mi nombre es Nippur y me gusta el vino áspero, las mujeres suaves y los vecinos discretos.



Los tres lanzaron una carga-jada.

Aparte de saber llevar tu espada tienes una buena sabiduría.



El campesino no dijo nada. Hizo una leve inclinación con la cabeza.

Mi pueblo se alegrará de saber quiénes lo auxilian.



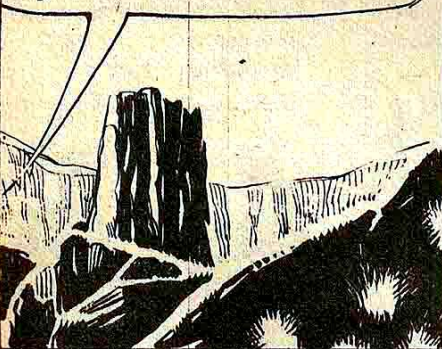
Nos recibieron en silencio, apiñados a los lados de sus calles de tierra. La noche ya estaba allí y nuestros nombres resonarían hasta muy tarde en torno a las hogueras. Eramos la última esperanza.

¿Y ahora?



Umac señaló la montaña. Cinco o seis fogatas temblaban en la ladera oscura.

Esta noche no bajarán. Han vivaqueado y seguramente esperan la mañana.



Me eché en el suelo y coloqué mi espada al alcance de la mano. Entonces vi la silueta del gigante recortarse contra la luz de las estrellas.

¿Y él?



Umac dio media vuelta y se apoyó en un pequeño bolso de piel.

Montará guardia. Duerme poco y le gusta estar alerta.

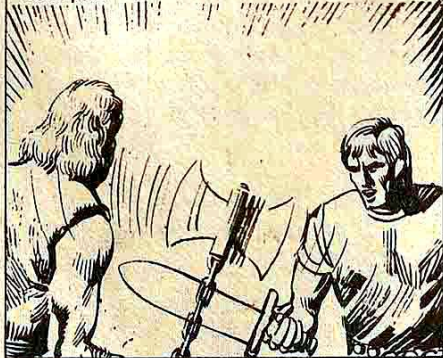


En la mañana me despertó el murmullo de la gente. Me encontré solo en la choza.

(¿Qué pasa afuera?)



Ellos estaban practicando con sus armas y la gente había hecho un círculo alrededor, mirando fascinados el chisporrotear de las armas y la bravía agilidad de los cuerpos.



(Realmente son grandes guerreros.)



Entre la gente estaba ella, menuda y de ojos ovalados. Llevaba el pelo suelto y no había dejado de mirar a Umac, con la boca abierta...

(Lo de siempre. . . Nunca falta el romanticismo cuando hay jóvenes cerca.)



Cuando terminaron de practicar la muchacha tomó un ánfora con agua y se acercó a él.

Mi nombre es Sada. ¿Quieres beber?



El gigante se apartó tan silencioso como siempre. Umac se quedó allí, mirándola y bebiendo lentamente, bebiendo del agua y bebiendo de sus ojos. Maarabat pasó junto a mí y me guiñó un ojo...

Nosotros los feos tenemos que caminar hasta la fuente.



Esa noche vinieron.

¡Los hombres de la montaña!



Venían por el camino de las piedras negras, quince o más. Reñan a carcajadas y hacían mucho ruido con sus armas, demasiado. Debían ser feroces, pero también eran torpes...

Por fin.



Los dos salieron al descampado y sacaron de entre sus ropas un par de larguísimas cadenas unidas a una estoca de plata.

Vamos.



Sujetaron las cadenas a los tobillos y clavaron la estoca en el suelo.

¿Por qué hacen eso?



Umac comenzó a revolear sus extrañas armas.

Del campo de batalla sólo podemos salir victoriosos, por eso nos encadenamos a él.



Muy heroico. Yo prefiero estar en condiciones de salir a la carrera si las cosas andan mal.

Los guerreros de la montaña dudaron un momento. Tres hombres salían al paso donde antes sólo los perros los recibían.

¡Parece que los aldeanos consiguieron ayuda!

Sólo tres. No es mucho.



Lanzaron un grito y corrieron hacia nosotros. Corrían velozmente sobre las rocas, con facilidad. Tensé mi arco y esperé.

(Aún no.)



Los primeros avanzaron sobre Maarabat. Fue una pésima elección.

¡Ah!



Cuando llegaron hasta él Umac les salió al encuentro. Sus hachas brillaban y parecían estrellas de luz. Y de pronto hubo otras estrellas, éstas de sangre...

¡Ahhh!



Y la muerte descendió aleteando sobre el campo, chillando en el silbido de las hachas y en el estampido de la carne destrozada.

¡Ah!



¡Ahhh!



(Ahora es mi tiempo.)



Mis flechas zumbaron, y escuché el nítido estampido de las astillas encontrando carne.



¡Agh!

Vacilaron un momento. No podían vencernos, lo sabían y tenían miedo.

¡Vámonos! ¡Cuando vengan los otros volveremos!



Se volvieron por el camino que habían llegado. No hablaban y arrastraban sus muertos. Alguno nos gritó una maldición.

Terminó.

Por esta vez.



Ella llegó corriendo hasta nosotros. Vio la sangre y palideció. Palidecer parece ser algo profesional en ciertas mujeres.



¡Umac!

Lo tocó con sus pequeñas manos y se ruborizó.

Yo temí por ti.



Lejos, el gigante miraba aquello mientras restregaba sus heridas. Me miró y encogió sus hombros y nos volvimos al pueblo, dejándolos tontear a gusto.

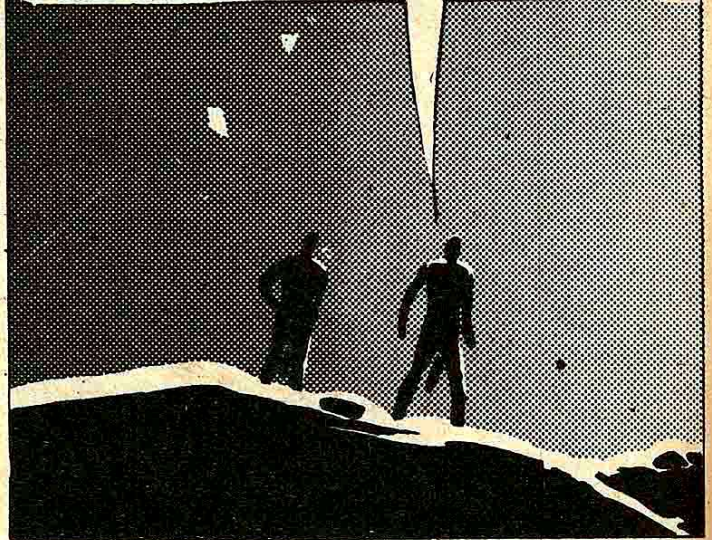


Las hogueras volvieron a arder en la montaña.

¿Y ahora?



Ahora habrá que esperar a que vuelvan. Porque volverán. A ellos no les interesa esta aldea pero alguien los ha verrido y eso no puede ser. Si se supiera, la gente comenzaría a vencer su miedo.



Sonrió entre dientes. El era un hombre seguro de sí mismo, sin agresividad, con la tranquila suficiencia de una montaña.

Y después de esto ellos tampoco están convencidos como antes de ser invencibles. Claro que volverán. Esperarán tres o cuatro días y vendrán a tratar de rescatar su propio respeto.



Durante el resto del tiempo Umac no estuvo con nosotros.

¿Y Umac? ¿Dónde está?



¿Dónde crees?



Y lentamente algo fue cambiando. Umac parecía meditativo y malhumorado y nos evitaba. Maarabat lo dejaba solo, con su plácida sabiduría.

Bueno, ¿qué está pasando?



Hasta que un día me vio con su cadena entre mis manos. La había encontrado junto a nuestras armas y mi curiosidad fue más fuerte que mi prudencia.

Es muy buena. ¿Todos ustedes llevan una así?



La observó un momento malhumorado.

Es el símbolo de la vida, la muerte y el honor. Los sacerdotes de nuestras tierras nos la dan.



Y de pronto me la arrancó de las manos y la arrojó furioso contra una pared.

¡Pero en realidad no es más que una cadena! ¡Una maldita cadena de esclavo!



Vaciló como si la explosión lo hubiera agotado y...

Lo siento.



¿Qué pasó contigo, Umac? ¿Qué te ocurre?

Yo...

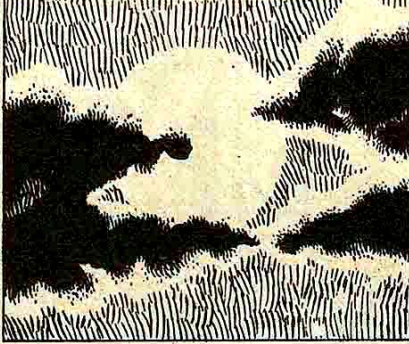


En eso la risa cristalina de Sada llegó hasta nosotros. Bajó la cabeza y repentinamente se marchó.

(Es inútil. Hasta el mejor guerrero comerá todas sus estupideces por unos ojos bonitos. ¡Ah! Estoy contento de no ser joven ya...)



Esa noche pude ver otra vez las hogueras en las laderas, ojos de fieras que nos acechaban y nos prometían una mañana de sangre. Con su reflejo en las pupilas me dormí.



A la mañana siguiente me despertó una imensa manaza sobre mi hombro.

¿Qué sucede?



Sada no está. Tampoco Umac. Se han ido durante la noche.

¿Estás seguro? ¿Nos han abandonado?



No lo juzgues mal, Nippur. Más allá de sus campos de batalla, sigue siendo un muchacho inexperto. Ella estuvo tratando de convencerlo que no se arriesgara más, que huyeran. Por eso su mal humor. Sólo deseo que sea para su bien.



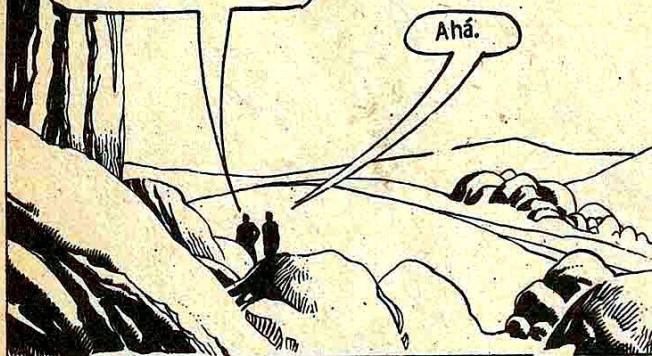
Además, nosotros tenemos otras cosas de las cuales ocuparnos. Los montañeses vuelven a bajar.



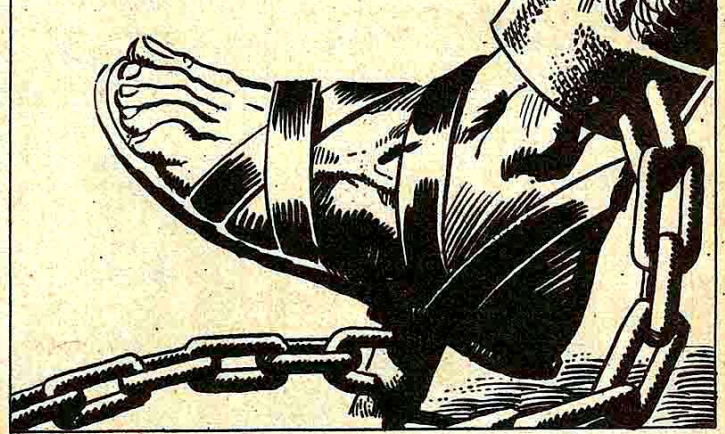
Los dos le salimos al paso. El porque tenía un juramento y yo porque no quería dejarlo solo.

Son unos cincuenta...

Ahã.



Se inclinó. Llevaba en una mano la cadena y de un golpe de talón hundió la pica en el suelo...



Después se apartó unos pasos y se encendió al campo de batalla. Me miró gravemente.

¿Hasta el final, hermano?



Asentí con la cabeza mientras desvainaba mi espada. Ellos se acercaban con cautela esta vez, felinos como lobos. Nuestra historia había rodado por entre sus hogueras y los había tiznado de miedo, o por lo menos les había enseñado la precaución.



En fin... Moriré feliz llevando unos cuantos.

Eres fácil de contentar. Yo prefiero no morir en absoluto.



Los primeros que se atrevieron cargaron hasta nosotros con sus lanzas y sus alaridos.



Ninguno pasó el límite de la cadena.



Entonces todos cargaron, entrechocando sus armas y aullando. Aquel vagabundo y aquel gigante eran para ellos dos demonios plantados en el medio del camino impidiéndoles llegar al placer y al botín...



El alzó su espada y gritó. Su grito no fue el que sale del pecho de un hombre sino el rugido de una bestia enfurecida.



La sangre de sus enemigos lo empapaba y se mezclaba con la que él mismo perdía. En un relámpago vi su carne estallar en diez heridas.



En torno a cada uno de nosotros había un anillo de cadáveres que olía a sudor y sangre. Sentí mis brazos cada vez más pesados y supe que quedaba poco tiempo.

(Samás... recibenos...)



A mi lado el gigante resollaba entre dientes maldiciendo rabioso y golpeando bestialmente con su espada...



En ese momento oímos un zumbido de avispas de muerte y un grito...

¡Aquí estoy!



De un salto llegó hasta su cadena y los alucinantes molinetes de luz cortaron el flujo de la horda.

¡Estoy de vuelta, hermanos!



Lanzamos un grito tremendo y embestimos...



Cuando se puso el sol todo había terminado. Los últimos guerreros arrojaron sus armas y corrieron hacia la montaña.

Por fin...



El cansancio me arrojó de rodillas. Los tres estábamos cubiertos de heridas y nuestros miembros temblaban débilmente.

¿Qué diablos... qué diablos haces aquí?



—Ah, verás... Sé que te reírás y si lo haces te hundiré los dientes de un golpe. Yo no tengo experiencia con mujeres. Siempre pensé que tener una mujer debía ser una maravilla única...



Ella me explicó sus planes. Yo dejaría de ser guerrero, levantaría una casa, vendería mis armas y con el dinero compraría animales, sembraría la tierra y levantaría corrales, cavaría una fuente para el agua, levantaría cercas de piedra para proteger los plantíos de verduras, es mejor conseguir cerdos porque necesitan menos atención y debería derribar los árboles para usar la madera y la corteza y haría falta una rueda de piedra para triturar el grano y...



Y yo estoy dispuesto a morir como un guerrero pero no a vivir como un esclavo.



Estábamos deshechos de fatiga ya, a pesar de ello nos reímos de risa en el suelo. Umac nos arrojó una piedra y se durmió donde estaba.



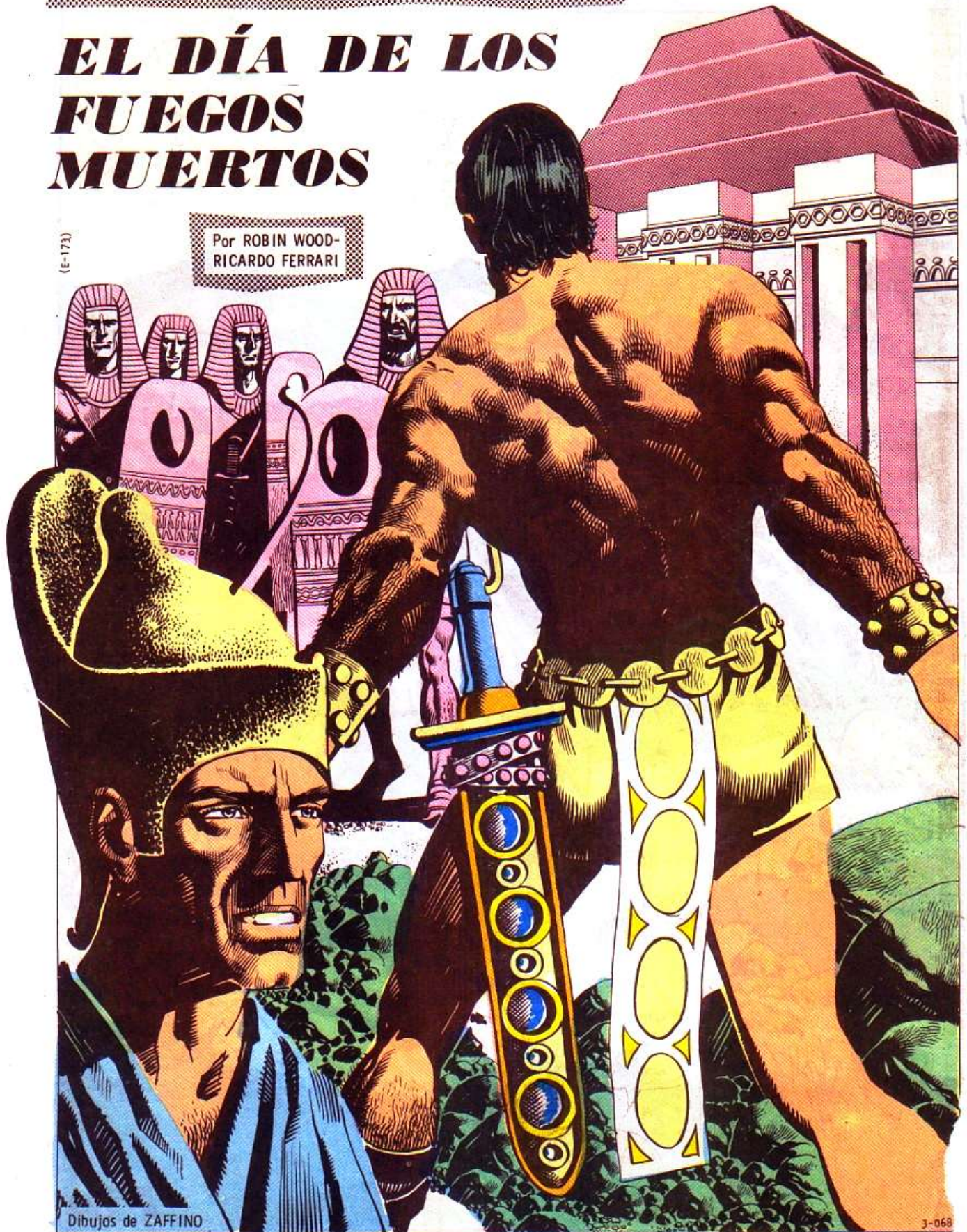
Fin

NIPPUR DE LAGASH

EL DÍA DE LOS FUEGOS MUERTOS

Por ROBIN WOOD-
RICARDO FERRARI

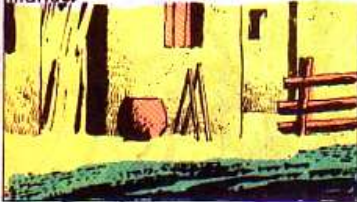
(E-173)



He vuelto a Tebas.



Después de muchos años estoy otra vez en Tebas. Otra vez siento los olores de sus calles, otra vez molestan mi sueño los gritos de las tabernas. Otra vez el rítmico golpear de las sandalias de los soldados sobre las calles sucias arranca de mi alma aquel otro eco de ejércitos batiéndose contra el hitita, hace mucho tiempo, en otro mundo.



Pero esta vez no está ella, la que me aprisionó en sus ojos, la que supo ser dueña y señora de mi alma.

(No retamon...)



Pero es inútil llamar a los que han muerto. No vendrán. Viven en otras estrellas desde las cuales sólo nos llega el pobre eco del recuerdo.

(E incluso el recuerdo nos traiciona y se diluye como si fuera niebla y es inútil que intentemos mantenerlo vivo. Los muertos mueren de a poco otra vez dentro de nosotros.)



Abajo, la ciudad bulle, preparando su fiesta. Porque el faraón va a tener un hijo. Un hijo que prolongue el gobierno de su estirpe, un hijo que lleve su nombre y consolide sus conquistas.

(Será bueno para él... Será la solidificación de su trono...)



Apareció a mi lado, delgado y pálido, con su rostro de marfil y sus ojos impenetrables. ¿Qué quedaba de aquel Akhenamón que conocí hace mucho, ese que corría por los pasillos, preso de su ansia de perfección y de pureza? Nada. Ha conservado la belleza del rostro pero se ha vuelto frío y lejano.

Estás pensativo, Nippur.



Es que en tu ciudad moran muchos recuerdos, faraón.

Es el sino de todas las ciudades, sumerio. Se construyen con piedras y recuerdos. Los recuerdos se vuelven fantasmas y la ciudad un cementerio de ellos. No comprendo cómo hay gentes que amen las ciudades.



Callamos un momento. Me desorientaban sus palabras ahora. Todo parecía tener un doble sentido oculto en él.

¿Sabes a quiénes he invitado para la fiesta?



A los hombres del fuego.

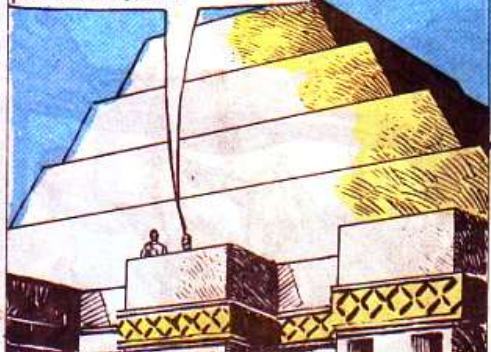


Su recuerdo azotó mi memoria como un viento fresco que despierta las águilas en sus nidos. Los hombres del fuego. Los purros, los guerreros de la montaña. Los que alguna vez se apartaron de Egipto y de su corrupción. Los duros soñadores en busca de un mundo mejor.

¿Vendrán?



Por supuesto. Tendrán que dejar sus armas en la puerta de la ciudad. Pero vendrán. Con sus mujeres y sus hijos. ¿Sabes? Mi pueblo los espera con ansiedad.



¿Y cómo no habría de aguardar ansioso, si los hombres del fuego son la roca incólume en el mar de barbarie que lentamente sumerge a Egipto? ¿Y cómo no habrían de vivir aquellos nombres extraños si ellos son duros como sus espaldas y puros como el aire?



(Pobre reyezuelo. Debes estar muriendo de envidia. Jamás tu pueblo te amarará de la manera que aman a los sacerdotes de la montaña, a los sabios de la espada. Claro que te imitarán a ti pues es más placentero pero admirarán en ellos la fuerza que desearían tener...)

Son muchos, ¿sabes, Nippur? Su poderío crece y en sus montañas se siguen cobijando hombres de todas las naciones que repudian a los tiranos. Además son ricos.



Les pedí que entraran a formar parte de mi reino y rehusaron... Tanta soberbia me sorprendió.



Tanta soberbia...



El pueblo se apiñó en las calles, excitado, señalando las puertas de la ciudad.

(Ya vienen.)



Primero fue un rumor de pies descalzos. La multitud guardó un silencio expectante, como si esperara ver surgir desde el fondo de la calle a una legión de dioses de la guerra. Y tal vez fuera así...



Por fin aparecieron, caminando en silencio, mirando sin asombro los edificios, iguales a todos los hombres del mundo y diferentes a todos, rectos como lanzas, calcinados por el fuego de su libertad única.

¡Los hombres del fuego están aquí!



Y entonces aquella marea humana se agitó. Aullando sin cesar, arrojando flores y mantos al paso de los que alguna vez salvaron Egipto, viviendo, hasta perder la voz, a los hombres que más cerca estaban de los dioses que del resto de los mortales.



Desde lo alto de su terraza, Akhenamón observaba. Junto a él vi a Neromiti, su mujer, la pequeña y dulce esposa que parecía ser la única debilidad del faraón de hielo. Lo vi sonreír y tomar su mano.



De pronto...

¡Nippur, hermano! ¡Te recuerdo!



Se acercó a mí y estrechó mi mano.

Mi nombre es Anor. Cuando estuviste en nuestra montaña yo apenas podía cargar mi espada. Tú no me recuerdas pero yo a ti sí...

Demuestras que no eres tan inteligente como parece. Deberías pensar en mujeres o algo más interesante...



Recordé aquellos amaneceres entre los picachos, saludando al sol con la mano en alto. Recordé el entrecocar de las espadas y el zumbido de las flechas en el aire. Y quise ser otra vez uno de ellos.

Cuéntame. Por favor, cuéntame de nuestra gente.



Miró pensativamente a la turba que gritaba y se agitaba.

No aquí. Vamos a un lugar donde nadie escuche.



No apruebo esta visita a Tebas, Nippur. Protesté contra ella en el Consejo pero sólo soy un joven sin experiencia y votaron por aceptar la invitación del faraón.



¿Qué quieres decir? ¿Por qué estabas en contra?

Akhenamón nos ve con malos ojos. Habla de nuestro poder como el que habla de los colmillos de la serpiente. Creo que la leyenda del oro que ocultamos en nuestra montaña ronda mucho en su cabeza.



Pero en tus montañas no hay oro.

Ya lo ha averiguado. Mandó una centena de mercenarios a tratar de saquear algunos de nuestros pueblos, tal vez para estudiar nuestra reacción.



Bebió lentamente, a sorbos cortos.

Sus cabezas se pudren en la punta de un centenar de picas en el camino que lleva a las montañas. Luego envió embajadores disculpándose, rechazó la responsabilidad y nos cubrió de regalos. Nuestros ancianos aceptaron sus excusas. Yo no. Pero yo soy sólo uno...



Y yo pensé lo mismo que los ancianos...

(Anor es joven y de sangre caliente. Es natural que desconfíe pero nunca Akhenamón se atreverá a hacer nada contra ellos.)



(Además Egipto debe su existencia a los hombres del fuego. Ellos lo salvaron de los hititas. Es una deuda que nunca podrán pagar lo suficiente. No. Anor es muy joven.)



Y sin embargo decidí hablar con Akhenamón.

(Debe estar con Neromiti. No tardará en nacer el niño y todos saben del amor que él tiene por su pequeña esposa.)



¡General!



Me defuete frente a él. Un mendigo con una espada es cosa extraña.

Yo peleé a tu lado contra los hititas, general. Y tal vez porque te vi salvar Egipto es que te digo esto.



Cuídate. Egipto no es agradecido con los que hacen algo por ella. En la ciudad hay más soldados que los que hubo nunca y han traído mercenarios desde muy lejos. Cuídate, general, porque tú y tus hermanos están sin espadas.



Después giró sobre sí mismo y desapareció en las tortuosas callejas, con su hedor de suciedad y gloria envejecida.

(¿Y si así fuera?)



Lo hallé junto a Neromiti y deseché mis temores. Un hombre que podía tener tanto amor en sus ojos no podía despertar mis sospechas...

No tardará en llegar, mi señor. Lo siento y los sacerdotes han vaticinado que será un varón.



Lo será y será el príncipe más hermoso de la tierra. Yo le enseñaré a cazar y a luchar. Ya verás... y si es una niña será hermosa como tú.

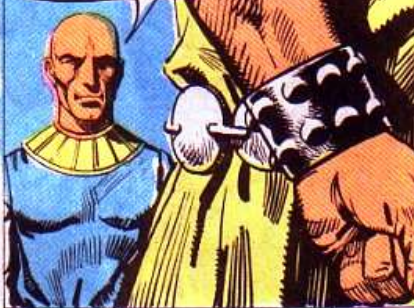
Gracias por lo que dices, mi señor.



Entonces me acerqué...

Akhenamón.

Ah, Nippur, hermano. ¿Qué deseas?



Muchas veces me han dicho que tal vez intentes algo contra los hombres del fuego. ¿Es eso cierto?



Neromiti me miró con sorpresa y dolor y me sentí avergonzado de mi brutal pregunta.

Nippur, viejo amigo. ¿Crees que olvido que Egipto existe aún gracias a ellos? ¿Crees que olvido cuando ellos destruyeron a los hititas en sus arenas? Tranquilízate, hermano mío, los hombres del fuego me son queridos como si fueran de mi propia sangre.



Ella me miró casi implorante. Estaba llena de vida latente, de bondad, de amor, de devoción para ese, su hermoso marido de rostro de marfil.

Nippur... tú conoces a mi señor... ¿Dudas de él?



Perdona, pequeña. No. No dudaré de él... Me he dejado ensordecir por voces de borrachos y de jóvenes. Discúlpame.



Esa noche Tebas deliraba. Inmensas hogueras ardían en todas las esquinas y el tambor del júbilo parecía redoblar sin cesar... Y en el centro de ese anillo glorioso, los hombres del fuego, aturcidos, maravillados, se dejaban adorar...



(Egipto ama a sus salvadores... Puedo dormir tranquilo...)



Y así lo hice...



Y de pronto, horas o siglos más tarde... un griterío ululante me despertó. Un griterío como una marea, creciendo cada vez más.



¡Los esbirros del faraón están matando a los hombres del fuego!



Nequé esas palabras. Las rechacé, atrincherao en mi estupor y en mi incredulidad.



¿Que no? ¡Ya lo verás mañana! ¡Escóndete ahora! ¡Las calles están llenas de muerte!



Entonces vi a las tropas egipcias, con sus escudos de cuero y sus lanzas, avanzando con un paso regular, silenciosas y perfectas. Avanzaban por encima de las hogueras, pisoteando las flores y las sombras y el júbilo muerto.



Entonces... Es verdad... ¡Oh, dioses! ¡Es verdad!



No esperé más. Me lancé a la carrera por esas calles en penumbra en las cuales el bramar de bocas invisibles parecía hacer temblar los edificios, sus piedras y hasta esos fantasmas de los cuales hablara el joven de rostro de marfil.



Y entonces los vio, cerrados en cuadro, con las manos desnudas, llenos del cansancio de la flesta y de sorpresa y de rabia.



Entonces lo vi impávido en su carro de oro, el rostro enrojecido por el reflejo de las hogueras. Simplemente extendió un brazo...



Los egipcios se lanzaron al ataque, erizados de lanzas, cauterizados contra el remordimiento.



Frente a ellos, finalmente conscientes, los hombres del fuego los esperaban con las lanzas que habían podido robar, con sus puñales, con las piedras que arrancaban de las casas. Con las manos desnudas.



Y yo volé sobre esas hogueras hacia la masa acorralada...



Corrí entre los egipcios blandiendo mi espada, renegando de aquella ciudad que casi había llegado a amar y de aquel traidor de rostro helado que una vez creció a mi sombra.



Nippur, ¿qué ocurre? ¿Por qué nos atacan?

No me preguntes... No sé qué decirte... No sé...

Las largas líneas de soldados se cerraron sobre la masa en la cual yo era un músculo más. Hubo un bramido sordo.

¡Ah!

¡Los que tengan armas en primera fila! ¡Los demás traten de tomar piedras!

Pero era demasiado tarde. Flechas y lanzas llovían. Los livianos carros erizados de picas atravesaban la multitud, segándola. De todas las callejuelas surgían más egipcios.

¡Te tenemos, sumerio!

El apareció junto a mí, recto y duro en su carro y me miró sin expresión, indiferente.

No lo maten. La memoria de mi hermana lo salva.

Impotente los vi sitiados por una muralla de escudos y cascos egipcios, sin ceder, empuñando los restos de sus lanzas, cubiertos de heridas y bañados en sangre. Los últimos hombres del fuego aguardaban la muerte.

De pronto, una silueta se adelantó...

¡Akhenamón!

Escúchame. Has conseguido borrar la sangre de los hombres del fuego de la faz del mundo. Las montañas se han quedado sin sus hijos. Has ganado una extraña victoria, faraón, una victoria que no grabarás en la piedra para que su vergüenza se olvide.

Pero oye. Oye bien. Yo condeno tu sangre a marchitarse. Tu huella se perderá en la tierra sin que tu memoria sobreviva. Sobre tu cuerpo muerto sólo habrá chillido de buitres y susurros de ambiciosos. Serás raíz y te separarás y desaparecerás y contigo tu estirpe.

Palabras de viejo. ¿Quién les teme?

Nadie teme a las palabras hasta que se vuelven realidad.

Akhenamón hizo una seña y el aire hirvió con las flechas.

Ninguno de los hombres del fuego pudo huir ni lo intentaron. Algunos arrojaron lanzas, otros piedras, más por el gesto que por el resultado.

Las flechas los fueron derrumbando, uno a uno.



Hasta que sólo quedó él, de pie, con sus ojos terribles.

¡Recuerda, Akhenamón! ¡Yo te maldigo! ¡A ti y a tu semilla! ¡Recuerda!



El fuego rabioso de sus ojos se cristalizó y se derrumbó, con la boca aún mordiendo la maldición.

Recuerda...



El silencio cayó sobre aquellos cuerpos fabulosos, sobre lo que quedaba de aquellos hombres que habían admirado al mundo con sus hazañas. A lo lejos, por las calles de la ciudad, se escuchaba el atropellado galope de un caballo.

Oh, dioses... ¿cómo habéis permitido esto?



No culpes a los dioses, Nippur. Esta fue mi decisión. Un rey no puede permitir otro poder dentro de su reino si quiere ser realmente rey. No hay lugar para debilidades ni errores.



No gastes tu saliva, faraón... Ni todos los sabios del mundo podrán justificar esto... Nadie...



¿Justificar? ¿Por qué habría yo de justificar nada? ¡Yo soy el faraón!



El jinete apareció en ese momento al galope. A través de las líneas silenciosas y cansadas de los soldados y se detuvo ante la masacre y ante Akhenamón.



Señor...

Vengo del palacio, señor... El nacimiento se produjo...



¿Es un varón...?

Sí, señor. Es un varón.



¡Gloria a los dioses! ¡Mi hijo...!

Nació muerto, señor.

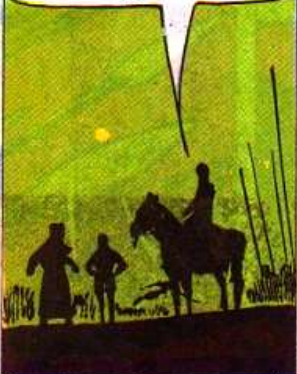


Descendió lentamente del carro y se acercó al mensajero. El hermoso rostro de ídolo pareció repentinamente óseo y duro, con los ojos alertas.

¿Qué has dicho? Creo haber oído mal.



El niño nació muerto, señor, y la reina también ha muerto.



Por un momento pareció no haber comprendido. Aturdido contempló a su alrededor y dio unos pasos al azar. Vi sus manos comenzar a temblar.



Neromiti... Mi hijo... No...



NIPPUR DE LAGASH

Por ROBIN WOOD y
RICARDO FERRARI

(L-170)



Dibujos de ZAFFINO

EL HOMBRE QUE NO TENIA MUERTE

La hoguera temblaba silenciosa bajo el techo de piedra. Su luz rojiza danzaba contra las paredes secadas sin sol, dibujando extrañas fantasmagorías de dioses y demonios. Y yo estaba allí, escuchando el ulular del viento en la montaña y recreando mi pereza al calor de las llamas.



Es bueno tener la montaña inmensa encima nuestro y estar frente a una hoguera compartiendo la carne y el vino. Quizás porque después del cansancio y el sudor del día eso nos une un poco más.



Y aquella noche los pastores contaban leyendas, como cuentan en cualquier parte del mundo los pastores.

He oído decir que volvieron a verlo.

Siempre alguien oye decir que lo han vuelto a ver. Pero al fin de cuentas nadie dice que él lo ha visto. Cuentos de viejas asustadas.



El otro pastor cortó un trozo de carne y lo llevó a su boca. Antes de morderlo dejó caer aquellas palabras, casi al descuido.

Yo lo he visto.



¿Y a quién has visto, pastor?



Eructó ruidosamente y se limpió la boca con el revés de la mano.

Tú no eres de aquí, y por eso ignoras la leyenda. En estas montañas mora un hombre olvidado por la muerte.



Durante mucho tiempo se pensó que en realidad todo se debía a que era un buen luchador, y nadie podía herirlo pero los años pasaron.



Y los años siguieron corriendo y las generaciones nacieron y murieron y las guerras devoraron a muchos. A él no.



He oído muchas leyendas de hombres inmortales.

Yo también, guerrero. No me creas tan simple. Pero aquí no hay leyenda. Aquí hay verdad.



Yo lo he visto aullando de furia en las noches, maldiciendo a los dioses y suplicando por la muerte. ¡Oh, sí! No debe ser tan agradable el no poder perderse en la noche eterna. Yo lo he oído gritar muchas veces.



Y en sus gritos llamaba a la muerte y la desafiaba a enfrentarlo. Pero la muerte aún no ha acudido.



Se apartaron de la hoguera y cada uno fue a dormir a un rincón, entre el musgo y la humedad de sus lechos de paja. Súbitamente sus ánimos se habían apagado. Y yo quedé allí, frente a la hoguera, meditando todo aquello que había escuchado.



De pronto el viento se detuvo y en aquel momento adiviné que algo extraño y poderoso latía cerca mío.



(Me pareció oír algo.)



Salí afuera y el frío me mordió las carnes. Allí, recortados contra el disco de plata, los árboles se mecían en la brisa...

(Es una voz.)



Tal vez lo fuera. Tal vez no. Tal vez fue tan sólo el aullido del viento lo que me hizo imaginar voces infernales entre las fragosidades rocosas.

(Tal vez... y con los cuentos de los pastores...)



Volví a la cueva y el conocido olor a leña y cuerpos sucios me tranquilizó. Pero no pude dormir.



Me marché a la mañana siguiente. Los caminos volvían a robarme y otra vez me sentía bien en ellos. Como puede sentirse bien una flecha que rompe el aire silbando, sin saber cuál es su blanco ni cuál es su destino. Incluso una flecha vieja y a veces más sabia que el arco.



Y de pronto...

Quieto.



Acércate.



Sorprendido, descubrí que no me miraban a mí sino al suelo.

Este no es. Su sombra aún está con él.

Pero ahora alguien sabe que lo esperamos.



El hombre que no muere viene hacia aquí. Uno de nuestros sacerdotes nos ha dado algo que lo matará. Pero ahora tú sabes que lo esperamos. Y podrías hablar.



Lo siento, viajero. Es mucho lo que nos estamos jugando. Que los dioses nos perdonen.



Recién entonces reaccioné. Aparté la lanza de un empujón y...



Eso pareció lanzar una gota de interés hacia el hombre emergido de la noche. Desvainó su espada...

¿Tu sacerdote ha dicho eso? Es interesante.



Se movió con poca velocidad pero la fuerza monumental detrás de su golpe pareció desmoronar todas las defensas.

¡Ah!



Y la sangre humeó en el aire frío de aquella tarde de invierno. Ni siquiera intervine. Simplemente fui testigo torpe de esa carnicería.



Por fin se detuvo. Ahora pude ver el rostro impenetrable, como esculpido en piedra y los ojos inmóviles y negros.

Peleas muy bien. Te agradezco lo que has hecho por mí.



Se encogió de hombros mientras envainaba su espada.

Olvídalo. Lo hubiera hecho por otro y tú por cualquiera. Estamos en paz.



Miró los cadáveres por un momento, como tratando de recordar algo.

¿Dónde queda la ciudad de estos pobres idiotas?

Supongo que más al norte. Tenían el acento del Elam.



Echamos a andar por el mismo camino, casi por inercia. El calor comenzaba a levantarse en oleadas de la tierra resquebrajada.

Pensar que todo esto nos sucede por un hombre al que se dice que ha sido olvidado por la muerte. ¿Has oído hablar de él, amigo?

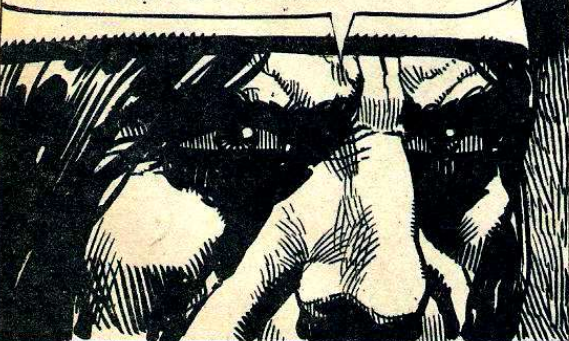


El siguió caminando imparable. En el horizonte, el sol flameaba sobre una línea danzantina y dorada, sobre las colinas.

Claro, que debe ser otra leyenda de vino y de pastores. He oído muchas.



¿Y qué sabes tú, viajero? Imagínate lo que debe significar esquivar filos y flechas aún cuando no se las ve. Imagínate un hombre que peleaba ya cuando los hombres luchaban con armas de piedra y que hoy ciñe bronce.



Sus ojos brillaban con una extraña luz fosforescente. Hablaba con voz ronca, rabiosa.

Imagina un hombre que el día, aquel que había sido marcado para su muerte, ve marcharse a su sombra, porque los muertos no la tienen. Imagínalo de pie aún, luego de su momento crucial; demasiado muerto para los vivos y no lo suficientemente vivo para negar su muerte.





Imagina a un hombre condenado a quedar solo, sin siquiera el consuelo de que la muerte lo arrebatase a su soledad.



No lo envidies. Y no intentes encontrarlo.



(Sombra. ¡No tiene sombra!)

Encontré una ciudad días después, levantada a la sombra de las grandes montañas del sur del Elam. Llegué a ella al atardecer y encontré en ella selvas de antorchas crepitando en las calles.

(¿Qué pasa aquí? Hay atmósfera de miedo.)



Hice esa pregunta a un corpulento hombretón que afilaba un hacha y...

Esperamos a alguien que lleva muchos años sobre la tierra. Demasiados. La leyenda dice que en esta luna, él destruirá nuestra ciudad. Pero nosotros tenemos algo para él. Hay maneras de matar a un inmortal. Basta con un arma que haya sido desenterrada de una tumba en una noche de luna.



Otro hombre rió y mostró su puñal.

¡Tonterías! Es necesario un cuchillo con mango de serpiente.



Otros se acercaron y comenzaron a discutir. Vi rostros brillantes de sudor, de miedo y de expectación.

No. Hace falta una flecha con punta de plata.

¡Idioteces! Tengo mi lanza frotada con unguento de hiel y...



Por todas partes, hombres armados iban y venían con antorchas y armas hechizadas. Era como una grotesca pesadilla mitad disparate y mitad horror.

(Y él vendrá marchando desde la noche como una maldición.)



De pronto recordé algo.

(Aquellos hombres del camino dijeron que el secreto de su muerte estaba en manos del sacerdote. Y él busca esa muerte.)



En la cima de una colina, el templo brillaba, rojo y naranja. Era un templo viejo, pequeño y resquebrajado, mucho más viejo que la ciudad, mucho más viejo que todo lo que yo conociera.

(Sólo puede estar allí.)



No me equivoqué. Oí ésa, su voz inconfundible resonando como un tambor de bronce en las tinieblas del templo. Me acerqué con cautela.

(Está hablando con alguien. Debe ser el sacerdote.)



El sacerdote era una imagen de su templo, tan anciano que la idea de edad era en él un absurdo.

Los dioses no han hablado aún. No he oído su voz. ¿Cómo puedo yo tomar la decisión de quebrar sus designios?



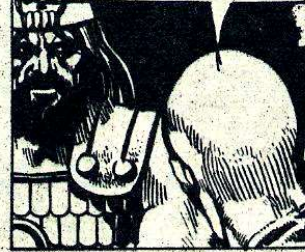
Sacerdote, tú diste el poder a los hombres de la ciudad.

No seas ingenuo. No soy tan simple.



Dicen que la leyenda me empuja a destruir esta ciudad.

Leyendas. Leyendas. No, inmortal. Tu destino está regido por la voluntad de los dioses, no por la idiotez de los hombres.



Por última vez te lo pido. Mi muerte.

No puedo... No...

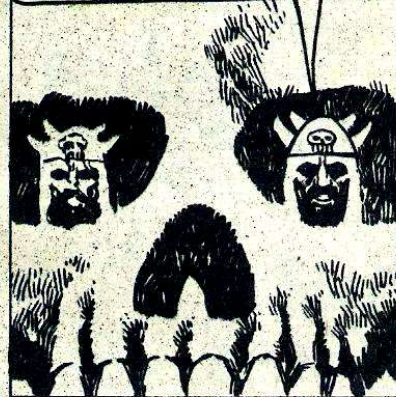


No hizo casi ruido. Apenas un chasquido.

Ah.



Alguno en esta ciudad debe tener el secreto. ¡Alguno debe poder matarme! ¡Alguno debe!



Pasó junto a mí, ciego, sordo, como una fiera fugitiva de los infiernos, loco de desesperación. Me oculté y lo vi alejarse a la carrera.

(Baja hacia la ciudad. Los dioses tengan piedad de ella.)



Me incliné sobre aquel puñado de carne reseca, casi sin vida y casi sin muerte. Me miró sin sobresalto.

¿Se ha ido?

Ha bajado a la ciudad. La sumirá en un baño de sangre.



Ahora sí hubo luz en sus ojos. La milenaria luz desesperada de los hombres que dudan.

¿He hecho bien en no cortar el hilo de su vida? Los dioses no se han hecho oír. ¿Cómo saber? ¿Cómo saber?



No lo sé, anciano, pero... ¿está sólo en manos de los todopoderosos el decidir? ¿No es hora de acabar con su suplicio y con este horror?

¿Cómo saber? Los dioses son extraños y yo sólo soy un viejo sin sabiduría.



Un alarido terrible llegó hasta nosotros.



¡Matadme! ¡Matadme, malditos, o no dejaré ni el recuerdo de vuestros huesos sobre la tierra!



¡Toma!



¡Matadme! ¡Malditos seáis, matadme!

¡Ah!



Anciano, ningún dios puede desear esto. Deténlo.



Un reflejo de llamas enrojeció el interior del templo. El anciano lanzó un pequeño sollozo de niño.

St. St. Nadie puede desear esto.



Bajo... bajo la piedra negra del altar...



Lo dejé sobre el suelo de piedra sin remordimientos. No era tiempo de penas por alguien que no la necesitaba.

(Aquí.)



¡A mí, perros! ¿Quién tiene el secreto?



El seguía allí, pegando fuego a todo y matando a quien no podía matarlo. Y esa noche dio, a muchos, lo que él llevaba tanto tiempo buscando.



(Es una flecha. Debe haber sido hecha en la época de los otros hombres. Nunca vi una igual.)



Se detuvo jadeante en la plazoleta, erizado de astiles rotos de flecha, limpio de sangres propias, bañado en sudor, demoníaco, desencajado, enloquecido, con sangre hasta los codos.



Yo aparecí en ese momento...

Guerrero.



Tú... Te recuerdo. Salvé tu vida una vez.

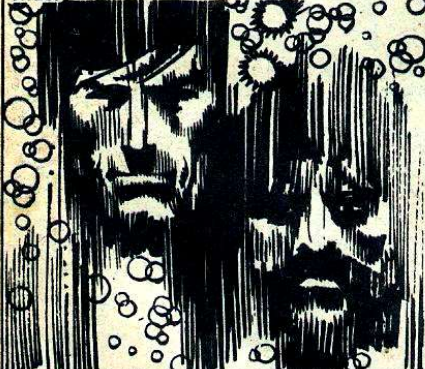
Sí. Lo hiciste y tal vez en ese momento fue cuando los dioses tomaron una decisión.



Tal vez yo fui elegido en ese momento como su instrumento.



Nos medimos un instante por encima de llamas y cadáveres y de pronto él debió comprender a lo que yo había venido.

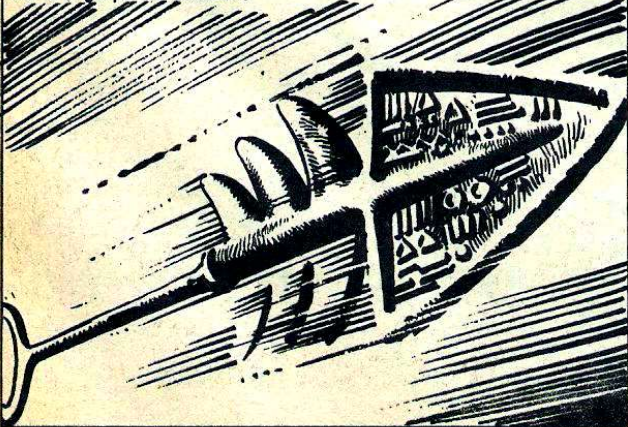


Y debió de pronto tener miedo de ese paso total que tanto había anhelado. Por un segundo fue solamente un hombre sin siglos, un hombre asustado, dudando.

Espera.



La flecha se disparó del arco con un estampido, como un golpe de tambor.



Pero...

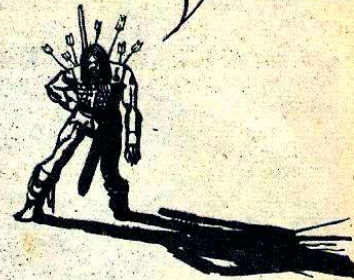


Vaciló sobre sus piernas colosales y bajó hasta la flecha. La tocó.

Y vi la sombra negra comenzar a nacer a sus pies.

Mi sombra... Ha vuelto. Ha vuelto.

¿Es esto?



Se desplomó sobre su sombra y ésta pareció crecer, envolverlo, absorberlo hasta que ambos parecieron ser sólo una gran mancha.

Luego...

Estoy muriendo.



Hubo un pequeño rumor último, como de ceniza volcándose. Eso fue todo.

Airededor mío la ciudad ardía como una antorcha, y gritos y llantos perforaban la oscuridad. La leyenda había terminado o, tal vez, había nacido otra vez, gestada de ese horror de muerte, cenizas y misterio. Quién sabe. Tal vez tú escuches esta historia, amigo. Tal vez será diferente. Tal vez no. No importa. La verdad yace aún perdida, ignorada de los hombres en ese rincón del mundo. Ojalá quede siempre allí.



Fin

NIPPUR DE LAGASH

la serpiente de la vida y la muerte

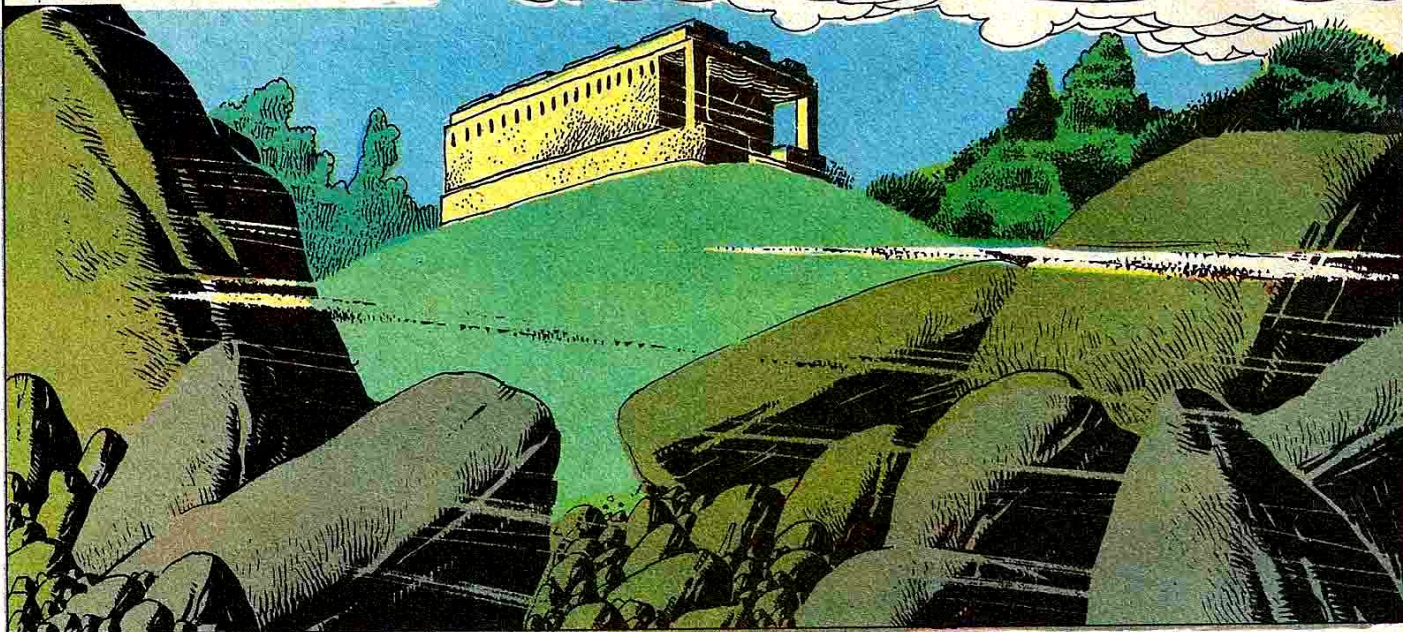
Por ROBIN WOOD-RICARDO FERRARI



Dibujos de ZAFFINO

2-805

Este camino lleva al templo del desierto. Es un templo, tan viejo que ni se sabe a qué divinidad fue levantado. Casi cubierto por la arena, petrificado por el sol y los tiempos, sigue allí, inmutable, misterioso, con sus secretos negros aún ocultos en sus tinieblas...



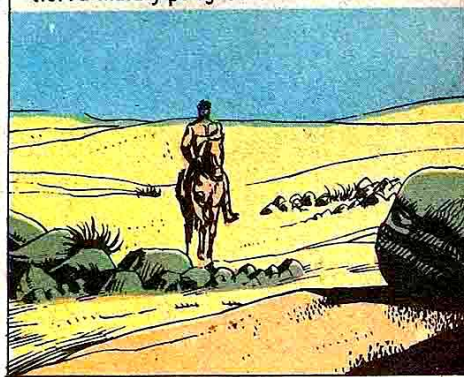
Siempre que paso cerca recuerdo la historia que nos une y jamás consigo saber si fue verdad o pesadilla, si mi imaginación no decidió burlarse un poco de mí... pero entonces me vuelve el mordisco brutal del horror y sé que jamás hubo imaginación capaz de dar vida a un tal espanto.



Esta historia es esa historia.

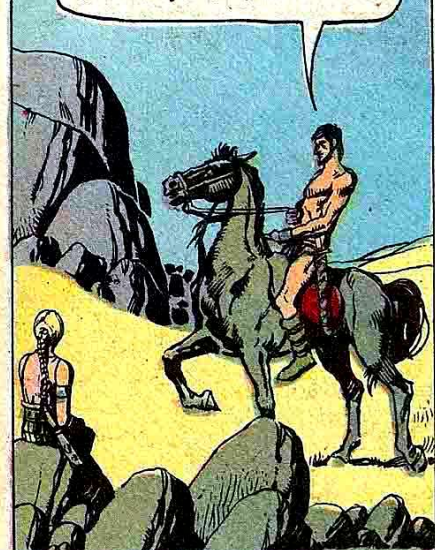


Estaba sentada al borde del camino, con su larga trenza dorada que le llegaba hasta las rodillas y negras ropas de guerrero. Parecía adormilada o abatida y la curiosidad me hizo acercarme. Estábamos en el borde del desierto y esa es tierra mala y peligrosa.



Detuve mi caballo junto a ella.

¿Puedo ayudarte, muchacha?



Casi no pude terminar mi frase cuando ella ya había saltado como una víbora y un puñal se hincó bajo mi mandíbula.

Claro que puedes. Bájate del caballo.



Puedo ser tonto por un momento pero siempre trato de que ese momento no sea largo...



Quedó sentada en el polvo, aturdida y con los labios ensangrentados. Parecía sorprendida y me miraba con sus grandes ojos celestes muy abiertos y muy inocentes... pero inocencia y puñales no van bien juntos y no me confié.

¡Tú... le has pegado a una mujer!

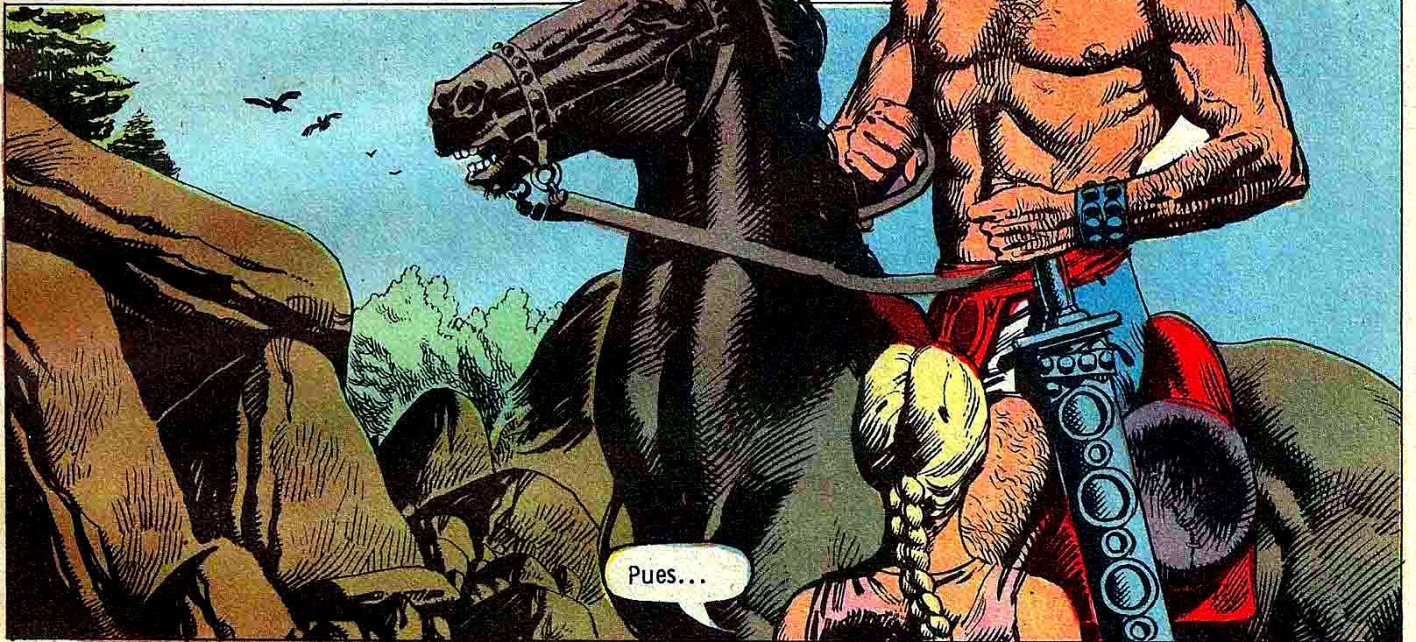


No. Le he pegado a alguien que me amenazaba con un cuchillo y da gracias que no te doy la paliza que te mereces.



Debía estar acostumbrada a tratar con todo tipo de situaciones y saber evaluarlas porque enfundó su cuchillo y se puso de piesacudiéndose el polvo...

Y volviendo a nuestra conversación, ¿puedo hacer algo por ti?



Pues...

Era muy hermosa y lo sabía; debía usar su belleza de la misma manera que usaba el cuchillo.

Soy la reina de los ladrones de Ur y voy al templo del desierto. ¿Has oído hablar de él? Dicen que hay grandes tesoros allí.

También dicen que nadie ha podido jamás arrebatár nada de él. ¿Y tú te atreves?



Su desparpajo no me sorprendió demasiado. Estaba recordando las leyendas de ese famoso templo. Siempre quise conocerlo. Dicen que ha estado allí antes que nuestras razas nacieran

Sube, también voy a ese templo.

¿Ah, sí? ¿Vas a robar?

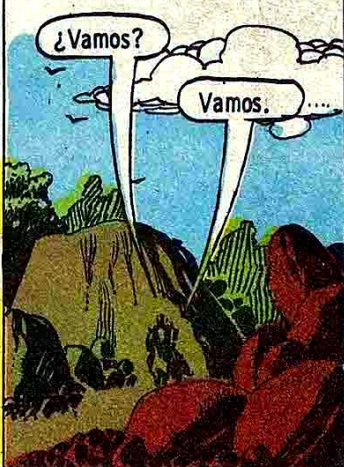


Mientras trataba de montar le saqué el cuchillo, por las dudas.

No. Lo que hay en el templo es de los dioses. Y yo no tengo nada contra ellos, ni codicio lo suyo.



Supongo que en otras circunstancias aquel argumento le habría hecho reír. Pero por respeto al conocimiento que tenía del peso de mi mano se contuvo...



Más adelante encontramos al hombre anguloso marchando pesadamente apoyado en un largo palo nudoso. Tenía el rostro afilado y la boca cruel del soñador sin piedad.

Los dioses sean con vosotros.



Soy Nam, sacerdote del templo del desierto, y voy hacia allí.



Ella soltó una carcajada y desmontó de un salto. El sacerdote no la había visto, oculta tras mis espaldas.

¡Eh, Nam! ¿Me reconoces, víbora de templo?



El no pareció demasiado contento pero asintió con la cabeza.

Nam es un sacerdote renegado. Y apostaré mi trenza a que vienes a robar la serpiente de la vida y de la muerte. Es el sueño de todos los ambiciosos.



El sacerdote simplemente dio media vuelta y continuó su marcha. Ella montó de un salto, tal como había bajado, con esa agilidad de gato que era un deleite para los ojos...

La serpiente de oro es el símbolo del templo. Dicen que es muy hermosa, pero nadie la ha visto. Dicen también que el hombre que la posea dominará todos los poderes de la noche y será amo del mundo. Nam busca eso. Yo me conformo con menos.



Yo había oído hablar de aquella serpiente pero jamás le presté mayor atención. Las leyendas son el caldo de los campamentos.

¿Seguimos? No me gustaría que Nam llegara antes que nosotros.



Una ladrona y un curioso y un sacerdote renegado que soñaba con el dominio del mundo por el camino que lleva al templo legendario.

Y tú, ¿cómo te llamas?



Nippur. Nippur de Lagash.



Le brillaron los ojos y sonrió. Se apoyó sobre mi espalda y la sentí aflojarse sobre el caballo. Su cabeza acarició mi espalda.

Ah, tú. Parece ser una jornada llena de leyendas que se hacen realidad.



A media tarde la silueta imponente, mezcla de montaña y ruinoso fortaleza, irrumpió en el horizonte, cavada en la roca y arada por los milenios y las arenas. Sentí frío en el pecho...

Allí está.



Cuando entramos en él algunos buitres abandonaron sus nidos en las columnas y revolotearon graznando. No me gustó. Sonó a augurio.

Mira... Mira...



Por todas partes había cofres llenos de piedras preciosas y armas labradas. La leyenda decía que aquello había sido llevado allí por los dioses y nadie había podido demostrar lo contrario. Un espantoso olor a podredumbre y siglos me asfixió.

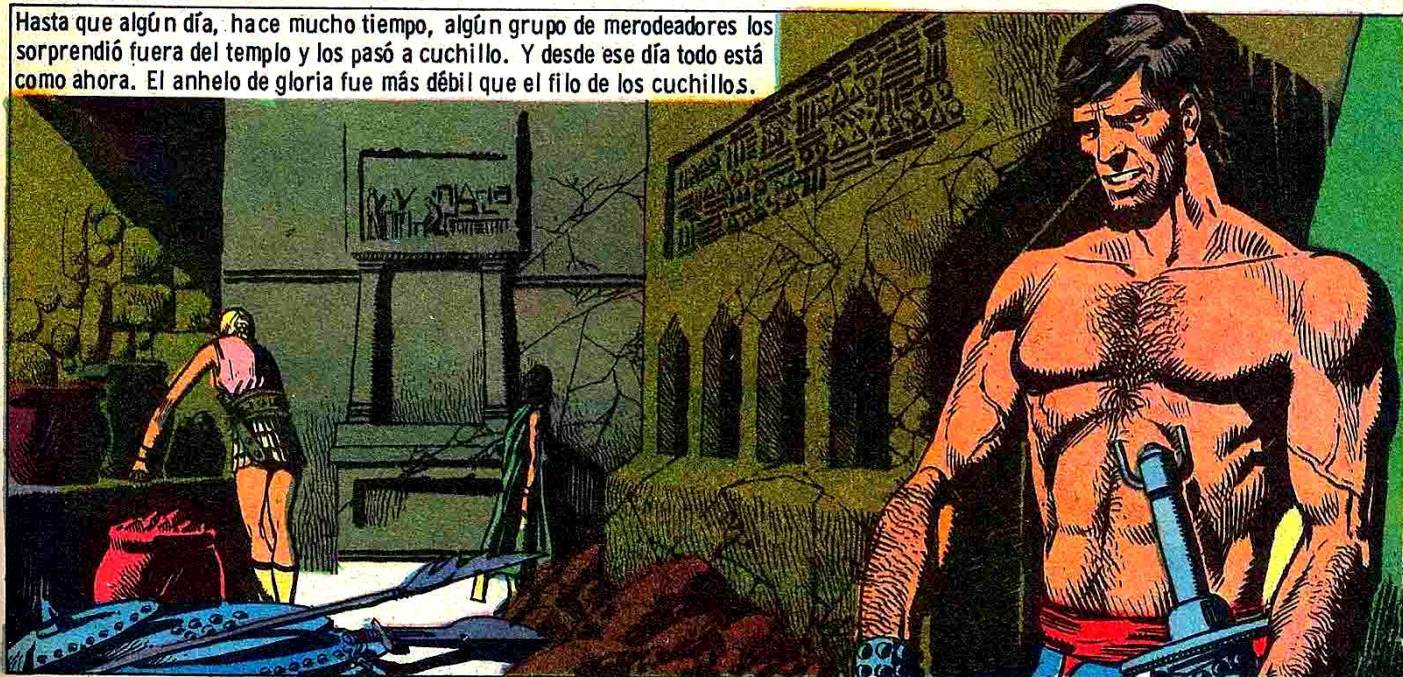
Es... increíble.



Alguna vez hubo aquí sacerdotes que se dedicaron de lleno a la sabiduría. Alguna vez hubo aquí hombres que llegaron a comprender todos los secretos del universo y de lo que en él se esconde. Y todo lo que quedaba de ese anhelo de divinidad era nada más que ruinas y el aullido del viento en la noche de chacales del desierto.



Hasta que algún día, hace mucho tiempo, algún grupo de merodeadores los sorprendió fuera del templo y los pasó a cuchillo. Y desde ese día todo está como ahora. El anhelo de gloria fue más débil que el filo de los cuchillos.

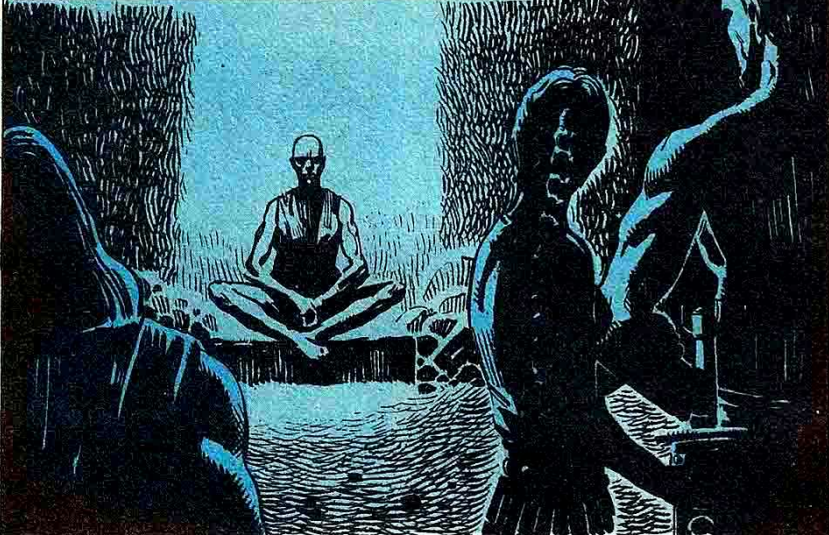


Todo a lo largo de los corredores había estatuas de gigantes guerreros con lanzas extrañas y espadas que yo nunca había visto, pero aquellas estatuas no eran de piedra.

(Son como de cuero reseco... O como cuerpos endurecidos... Como las momias que ví en Egipto...)

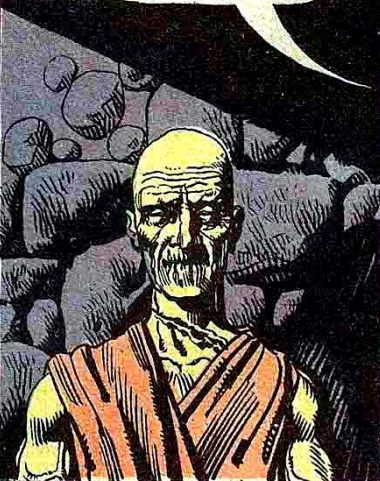


Al final del pasillo, sentado en el suelo, vimos una silueta. Nos acercamos cautelosamente pero no se movió...



Era muy anciano y pareció tan destruido y carcomido como el mismo templo. Lo evitamos en silencio.

Vamos. Es por aquí.



Ella se detenía a mirar cada cosa y hurgaba en todos los lugares. Pero como buena ladrona esperaba encontrar algo más valioso a cada paso y no recogía nada.

Mira estos brazaletes. ¡Valen fortunas!



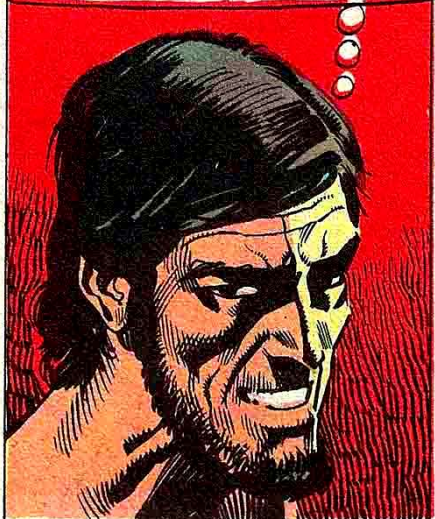
El tampoco tocaba nada. Ni siquiera miraba a su alrededor. No veía aquella riqueza. Caminaba entre ellas como si no existieran, con los ojos ardiendo de expectación y las manos temblorosas...

La serpiente. Está más adelante.



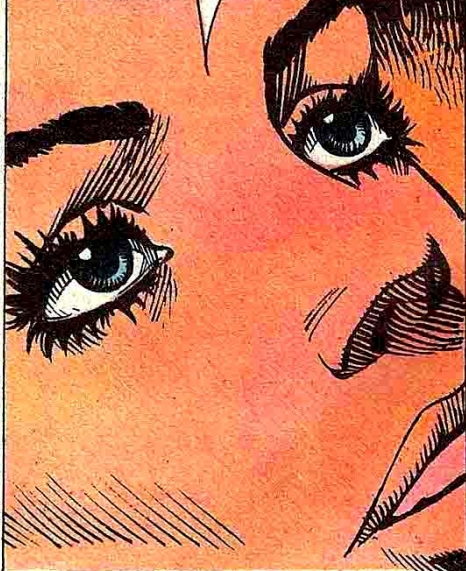
Yo miraba todo aquello y callaba. El brillo enfermo del oro y el titileo de los diamantes me producía una vaga sensación de náusea...

(Aquí hay algo maligno... Si no ¿cómo este templo no ha sido saqueado jamás?)



De pronto ella se sentó en el suelo.

Es inútil buscar más, que Nam siga solo. Yo vine por botín y lo que hay aquí me basta.



Canturreando en un idioma de los pueblos del este comenzó a llenar su bolso con diamantes y joyas. De pronto pareció recordarme.

Nippur, sigue a Nam. Tal vez veas algo que te asombre.



Entramos a una sala desnuda y con paredes cubiertas con extrañas inscripciones que yo no entendía en sus negras paredes de roca, semiderrumbadas.

¿Y ahora?



Empujó una puerta de madera tallada y la vi.

¡Existe! ¡La leyenda era verdad! ¡Existe!



Enrollada sobre sí misma, yacía sobre la piedra, perfecta, verdosa por los siglos, hipnotizada. Sin querer, retrocedí un paso.



La codicia aleteó en sus ojos y con las manos temblorosas se precipitó sobre ella.

¡Mí! ¡Al fin mí!



En el momento en que la tocó me pareció oír algo.

Espera.



Eran pasos sordos, pasos repitiéndose en ecos entre las columnas. Pasos con roce de cuero reseco sobre la piedra vieja y arenosa.

¿Qué es eso?

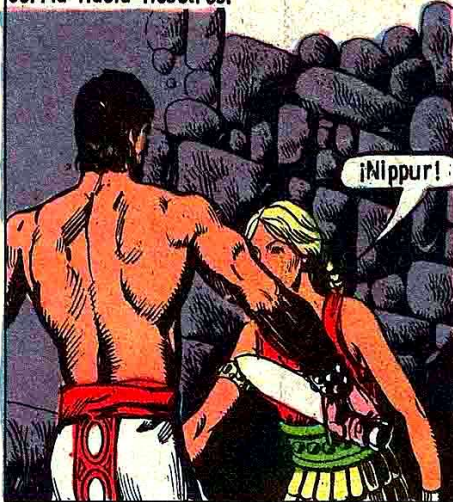


Súbitamente lo vi palidecer y aferró la serpiente con angustia. El miedo le amarilleaba el rostro y un vaho de sudor le perlió la frente.

Tal vez aquella leyenda...



De pronto hubo un ruido de pies descalzos. Saqué la espada y vi una mancha blanca en las tinieblas. La reina de los ladrones de Ur corría hacia nosotros.



Llegó agitada y aferrando desesperadamente su bolso. Estaba pálida y temblaba.

Las ... las estatuas... vienen.



Algo se desprendió de las tinieblas. Sombras naciendo de las sombras. Sentí el hedor milenarío a polvo y tumba... pero vi las rojas brasas de sus ojos vivos en sus cuerpos muertos.

Es... imposible.



Nam pareció aplastado por un horror único y absoluto. Creí que se desplomaría.



Balanceé mi espada. Pero por alguna razón adiviné que nada podríamos hacer contra ellos.

Están muertos ya... ¿cómo matarlos otra vez?

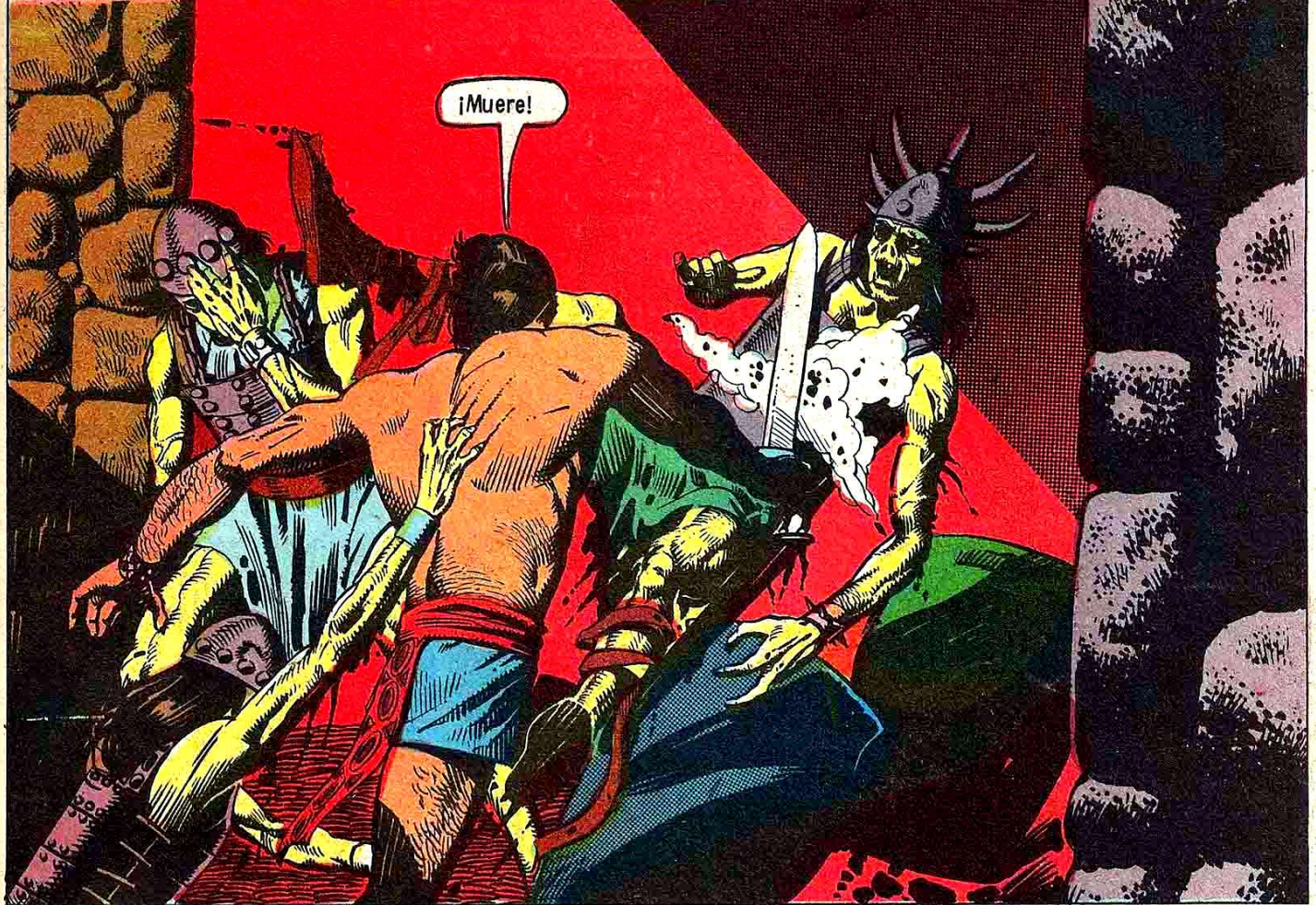


Y sin embargo atacué. Muertos o vivos, eran enemigos y todo enemigo es para ser combatido, incluso aquellos que han huído del infierno.

¡Mujer, pégate a mí!

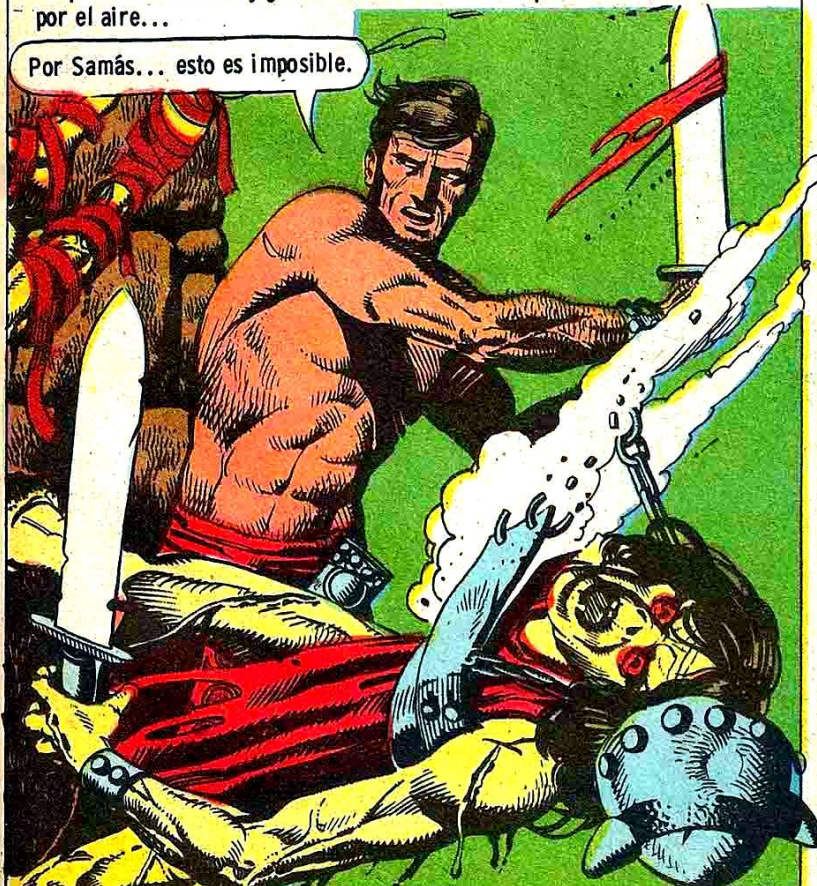


Uno de ellos se cruzó ante mí. Su extraña espada parecía una llama retorcida y en sus ojos vi las llamas rojas del demonio que cobijaba...



Peleaban sin un rumor y de sus heridas no salía sangre. De vez en cuando un polvo oscuro se deslizaba fuera de los tajos pero nada más. Golpeé rabiosamente y grandes trozos de materia polvorienta volaron por el aire...

Por Samás... esto es imposible.



Entonces advertí que mi respiración se hacía difícil y que arroyos de sudor me empapaban. Esto era inútil y tomé una decisión.

¡Sígueme!



Los pasillos me devolvían el eco de mis pasos. Y escuchaba el rumor obscuro de las criaturas detrás nuestro, bamboleantes, enloquecidas...



La salida, ¿dónde está?

Doblé en algún recodo y de pronto quedé solo y oliendo como huelen los animales asustados.



(¿Qué pasará ahora? ¿Dónde está la muchacha? ¿Y Nam?)

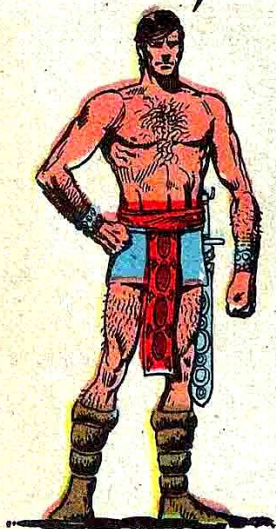
Cuando mis ojos se acostumbraron a la semipenumbra pude ver lo que se extendía a mi alrededor.



Por los dioses.

Aferrando aún sus armas y sus bolsos cargados de riquezas yacían allí, riendo sus carcajadas de cráneos y bocas cavernosas, comidos de polvo.

Ladrones, Debe haber cientos. Todos los que trataron de saquear el templo seguramente.



Un grito de mujer llegó hasta mí.

¡Nippur! ¡Socorro!

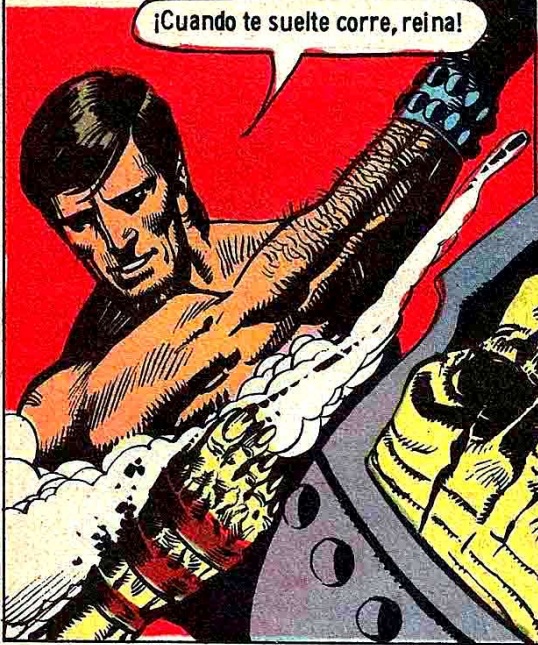


¡Nippur!



De un golpe le corté las piernas. Hubo una nube de polvo y trozos de materia reseca.

¡Cuando te suelte corre, reina!



Cayó al suelo con un sordo ruido de papiro viejo. Vi las manos negras manoteando y buscando y el terror fue demasiado para mí.

¡Vámonos!



La arrastré por los pasillos sin volverme a mirar. El pánico me revolvía el estómago y no me atreví a volver la cabeza y mirar atrás...



Entonces el desierto apareció ante nosotros, limpio y blanco bajo la luna...

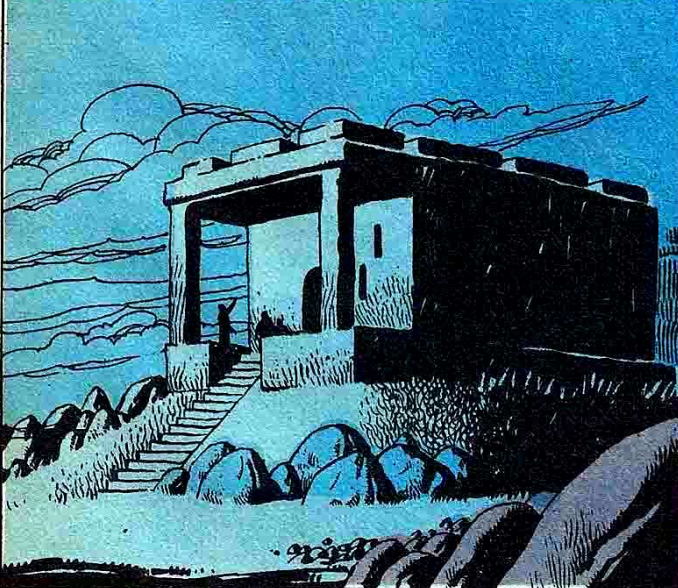
¡Allí está la salida!



El viejo sacerdote estaba de pie, con la mirada inflamada. Sus manos hacían extraños gestos en el aire y la cicatriz de su cuello latía y sangraba. Nos gritó algo en un idioma que no comprendí...



Un alarido llegó desde el templo. El ruido de golpes y de algo que se quiebra estalló en el aire.



Ella apretó mi brazo. Temblaba como una hoja y podía oír el entrecocar de sus dientes.

¿Nam?

Tal vez.



Salió tropezando y giñiendo bañado en su propia sangre. Loco de terror pero aún aferrado a la serpiente de oro. Lanzó un chillido de victoria al encontrarse en el exterior...



Comenzó a correr por la arena. En las puertas del templo inmensas siluetas emergían torpemente y parecían quedar fulminadas por la lechosa luz de la luna. Del grupo brotó un vago rumor ronco y espeluznante...

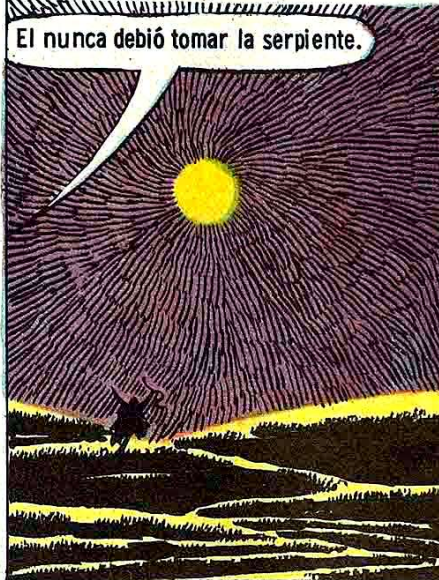


Y tuve miedo. Ese miedo que se tiene ante lo que no se conoce. Ese miedo que hace huir a los bárbaros del fuego y a los niños de los truenos.



El corría desierto adentro, loco de júbilo, loco de luna y de victoria. Tuve un presentimiento.

El nunca debió tomar la serpiente.



Cuando llegamos al pueblo más cercano un viento fuerte comenzó a soplar desde el desierto. Grandes olas de arena golpeaban los muros haciéndoles azotar los árboles y huir a los pasantes.

¿Vienes? Tengo vino aquí cerca y amigos que nos cobijarán por la noche.

No vendrá mal. Lo necesito.



Un viejo ladrón nos cobijó sin hacer preguntas. El viento traía extraños gritos y el horizonte se teñía de una noche roja y sangrienta. Ella extendió su botín, -deleitada y ajena a todo lo que no fuera su femenina vanidad.

Mira, Nippur. Ahora sí soy una reina... Mira.



Se acercó a mí, danzando sobre la punta de los pies, tintineando de oro y pedrería, con los ojos acariciantes, más diosa que todas las diosas...

Y ahora tú eres mi rey.



A la mañana siguiente ella continuó su camino. Nos despedimos junto a una de las grandes puertas...

¿Seguro que no quieres venir conmigo?

Tú eres reina, pequeña. Yo sólo soy vagabundo. Vete y disfruta tu tesoro.



Me sonrió y taloneó su caballo.

Te extrañaré, hombre.



Ya la había perdido de vista cuando descubrí que faltaba mi brazalete de plata.

¡Maldita seas! Cuando te vuelva a encontrar...

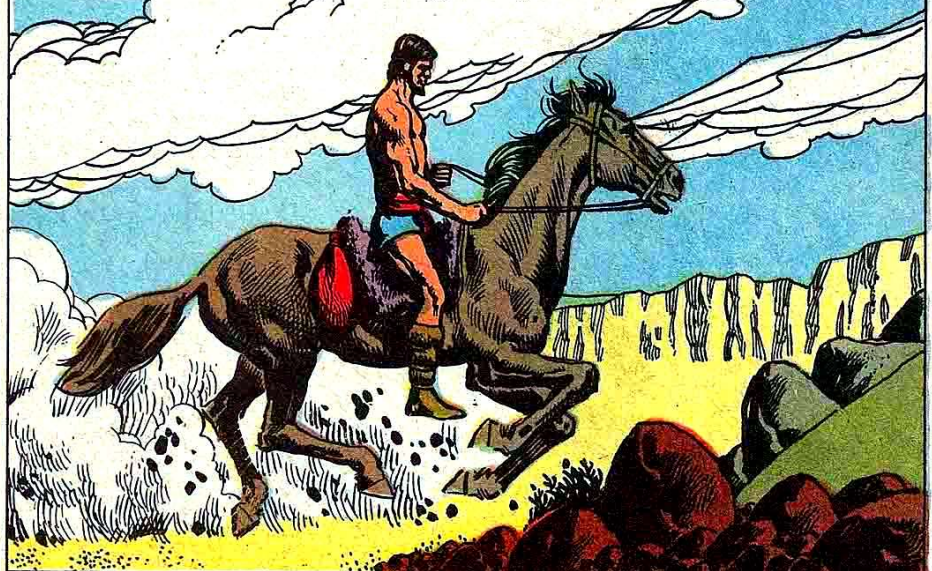


Recordé su sonrisa y su trenza dorada. Recordé su cuerpo cubierto por aquella piel de oro y pedrería y su voz suave y sus ojos maravillosos y mandé al demonio mi brazalete y mi negativa...

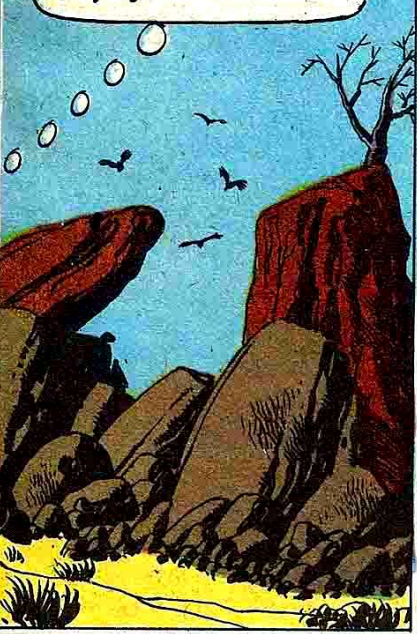
(Ojalá te vuelva a encontrar.)



En la tarde del día siguiente me puse en marcha. La tormenta había calmado y el desierto seguía allí, inmutable y eterno, un insulto a la vanidad transitoria de los hombres.



(¡Hay algo allá! Veo buitres...)

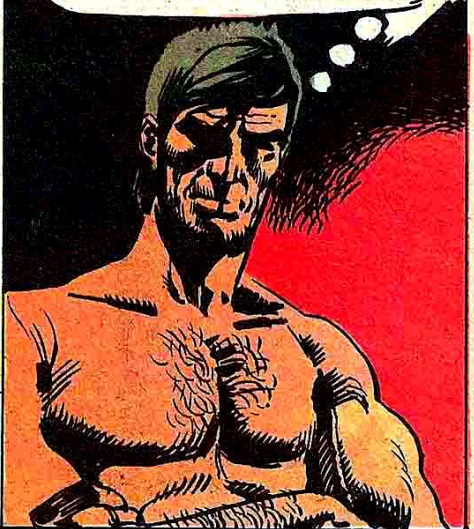


Era Nam o lo que quedaba de él...



Estaba hinchado y olía mal. En torno a él no había huellas de ningún tipo y las moscas y las hormigas se apiñaban sobre su cuerpo semienterrado en la arena.

(Por Samás. ¿qué habrá pasado?)

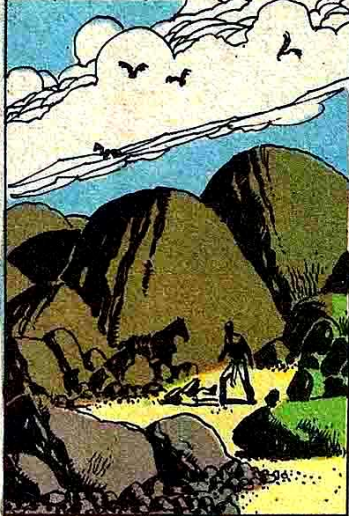


Hurgué su ropa con mi lanza pero no hallé nada. Ni siquiera la serpiente de oro y entonces vi su cuello.

(No puede ser...)



En él se veían claramente las marcas de una mordedura de serpiente. Y sobre la arena un rastro nítido se perdía en el desierto, hacia el sur... hacia el templo.



Azucé mi caballo y marché sin volver la vista. No hacía falta. Por mucho tiempo vería aquello aún con los ojos cerrados. Ni siquiera el sol calcinante del desierto podía destruir el frío de mis entrañas...



Más adelante la encontré tal como la viera la primera vez, a un costado del camino. Me sonrió sin sorprenderse, como si me esperara.

Hola, ¿adivina qué me ha pasado?



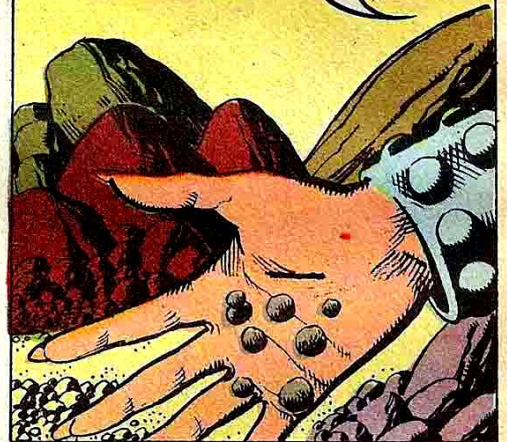
Metió la mano en su bolso y sonrió resignada.

Ayer traté de vender las joyas que saqué del templo.



Sacó la mano y dejó caer un puñado de piedras negras y opacas.

Piedras. Sólo piedras. Tuve que vender mi caballo para poder comer algo.



No he contado esto a nadie, ¿y tú?

Yo tampoco.



Ella comenzó a reír entre dientes...

A veces ni el miedo vence al ridículo.



Ví entonces mi brazalete de plata centelleando en su muñeca. Ella siguió mi mirada y sonrió y esperó. No la hice esperar.

¿Subes?

Claro que sí. ¿Qué crees que he estado esperando aquí todo este tiempo? Veo que no desconfías de mí, por lo menos.

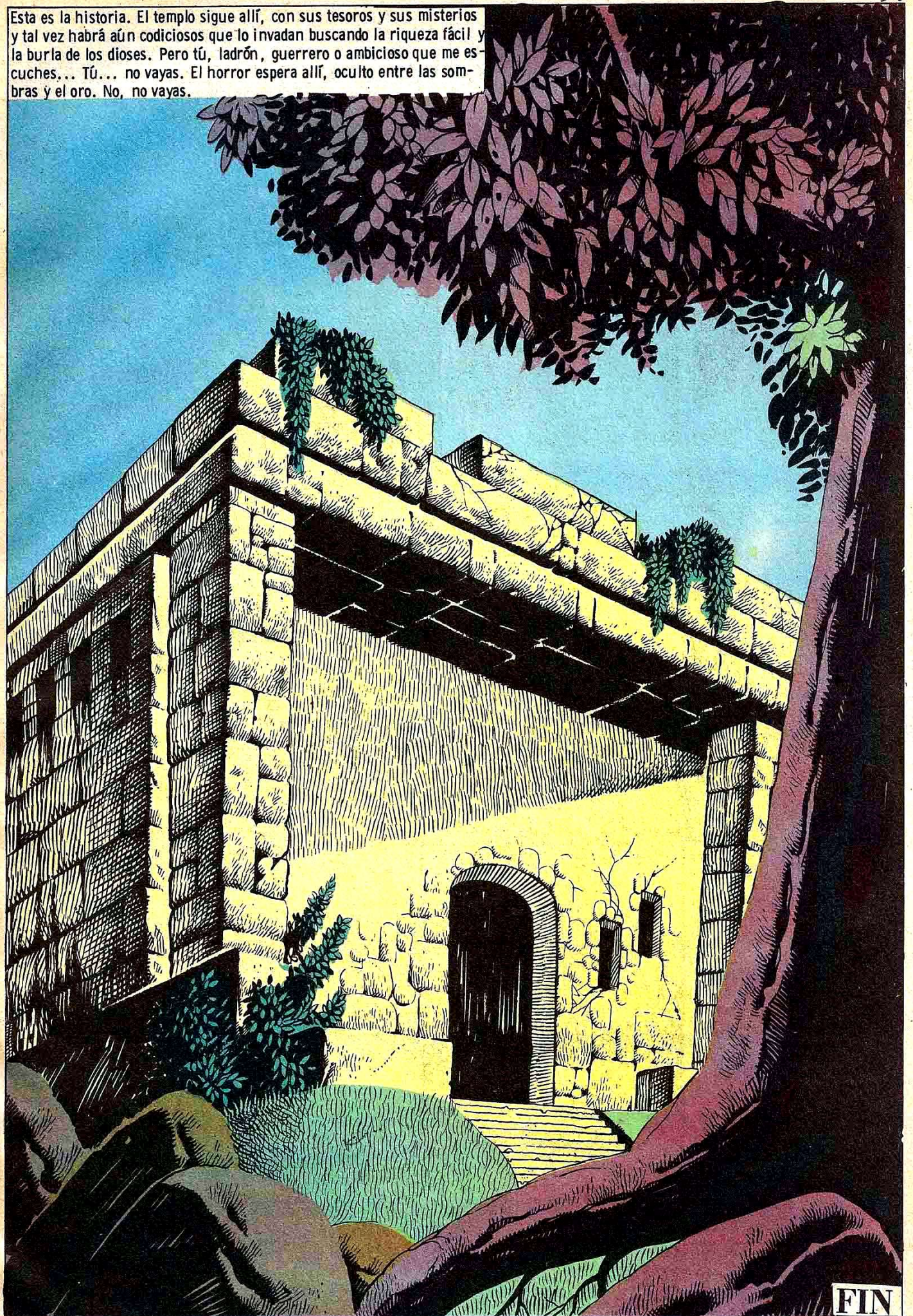


Oh, no es eso. Es que no tengo más brazaletes y debo recuperarlo.

Eso lo veremos.



Esta es la historia. El templo sigue allí, con sus tesoros y sus misterios y tal vez habrá aún codiciosos que lo invadan buscando la riqueza fácil y la burla de los dioses. Pero tú, ladrón, guerrero o ambicioso que me escuches... Tú... no vayas. El horror espera allí, oculto entre las sombras y el oro. No, no vayas.

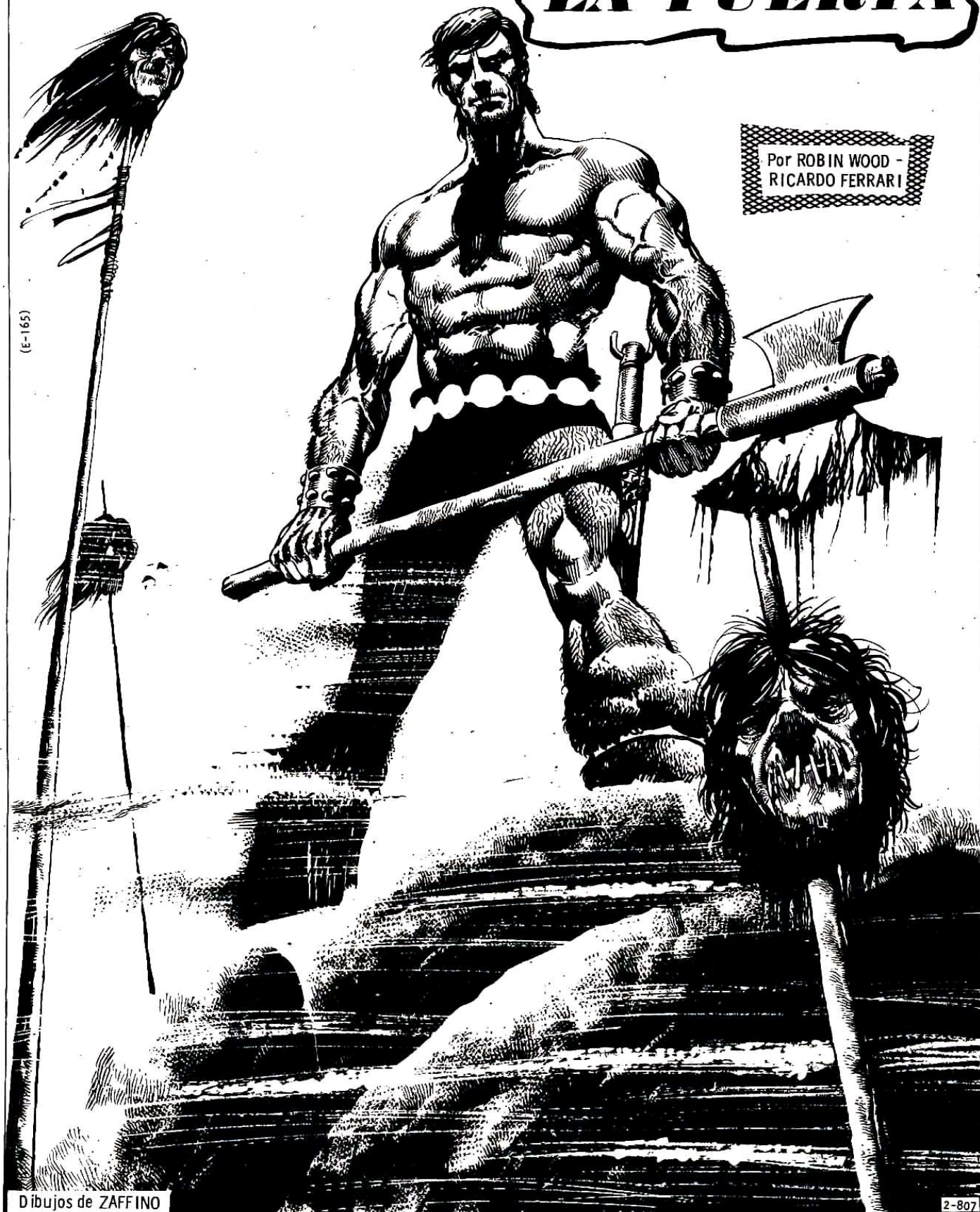
**FIN**

NIPPUR DE LAGASH

LA PUERTA

Por ROBIN WOOD -
RICARDO FERRARI

(E-165)



Dibujos de ZAFFINO

2-807

Tenía el cuerpo cansado y los días de marcha me dolían en los huesos. Desde que entrara en aquella región no había visto llover y no había sentido correr el viento. La tierra se agrietaba formando fauces de miseria y el aire pasaba como fuego.



La ciudad se apareció delante nuestro. Fue un alivio, con sus muros grises y resquebrajados y sus míseros arbolillos... Como una advertencia siniestra a los llamados del camino nos recibía una doble hilera de postes de tormento.



El marchaba en mi caballo. Lo había encontrado a la orilla de un río, tan pobre, tan derrotado como el más olvidado de los mortales. Estaba cubierto de andrajos y lo único que quería era encontrar a su hija.



Cuando me detuvo a mí sólo pude ofrecerme a ayudarlo. En todo nos parecíamos pero él tenía un sueño y en honor a ese sueño me uní a su búsqueda.



Tal vez... tal vez... No comprendo por qué ella se fue...

Trató de enfocar sus gastados ojos casi muertos y apenas pude oír su eterno murmullo.

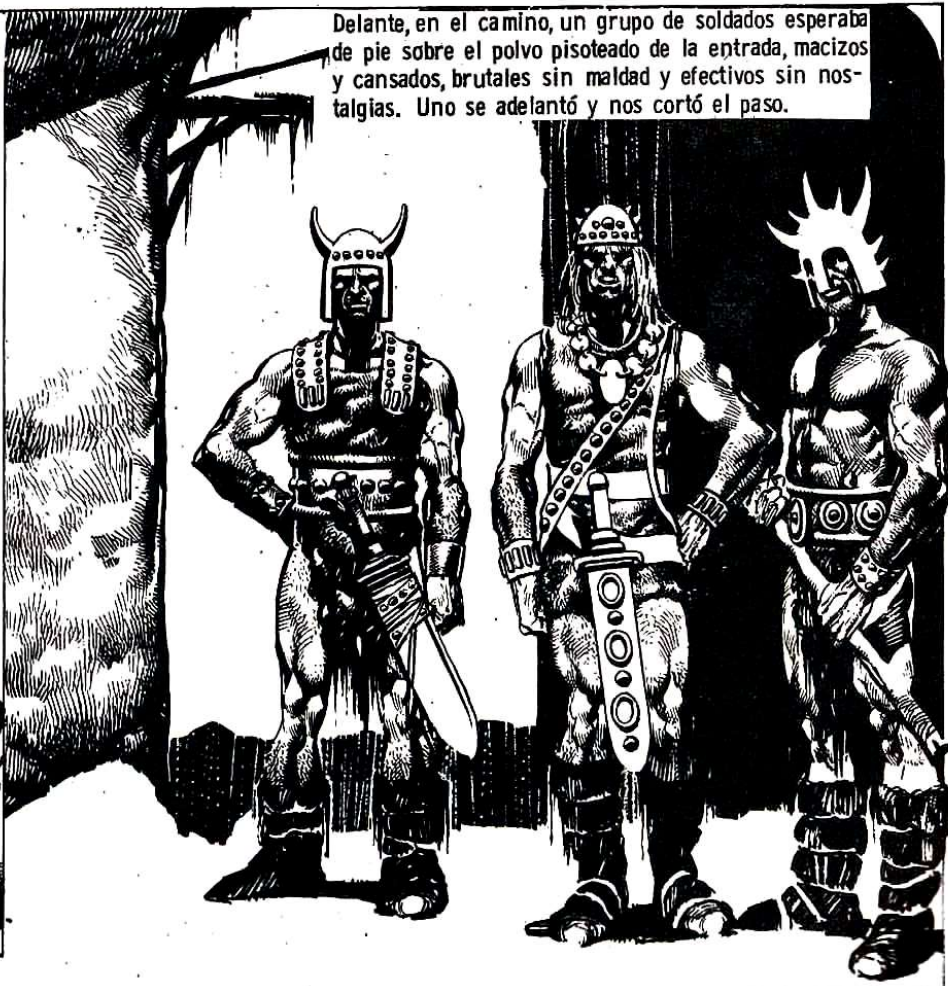
Los dioses le hablaban en sus sueños... Le ordenaban una misión... No la pude detener... Mi única hija...



Entonces lo ví. Era el único poste del cual colgaba algo y ese algo era un esqueleto extrañamente intacto. Los huesos brillaban con enfermiza blancura y me extrañé de que aún estuvieran unidos. Pasamos junto a él sin detenernos, el anciano por no verlo y yo por no querer verlo.



Delante, en el camino, un grupo de soldados esperaba de pie sobre el polvo pisoteado de la entrada, macizos y cansados, brutales sin maldad y efectivos sin nostalgias. Uno se adelantó y nos cortó el paso.



Los cascos afilados y las espadas anchas bien cuidadas hablaban más que mil lenguas las alabanzas de aquellos guerreros. Y ninguna de aquellas alabanzas me tranquilizaba. Eran mercenarios de las montañas, duros y parcós, amantes de las guerras y protectores de los ricos sin músculo.



Vi el montón de armas y escudos al borde del camino y comprendí qué se esperaba de nosotros.

Si desean seguir adelante dejen sus armas aquí. Nadie puede llevarlas dentro de la ciudad.



Era ancho y sólido como un caballo y con ojos claros y calmos. Conocía su fuerza y no necesitaba pregonararlo. Me gustó.

Que sea como tú dices. No es mala precaución..



Miró mi espada y la sopeó. Era joven y de músculos firmes y es en eso donde se adivina a los verdaderos luchadores.

¡Ah! Un guerrero, ¿eh?



Sin quitarme la vista de encima, extendió mi espada a uno de los guardias.

Ponla con las nuestras. Tan buena arma no merece estar entre todo ese montón de basura con filos.



Miró al anciano pero no dijo una sola palabra. Lo veía demasiado cansado y ruinoso como para molestarlo.

Pueden seguir ahora.



Ya nos marchábamos cuando él nos detuvo otra vez. Un soplo caliente hizo cloquear al esqueleto...

Guerrero, escucha...



Ten cuidado cuando estés del lado limpio de los muros. Hace mucho tiempo que no entramos allí. Pero sabemos que no hay nada bueno. Dicen que se ha convertido en el reino de la locura. Cuidado. Ningún hombre que esté en paz con los dioses debería penetrar en ella.



Se quedó allí, mirando cómo nos alejábamos. Con los brazos cruzados sobre el pecho y la extraña mirada paciente de quien lleva mucho esperando algo malo. El esqueleto entrechocaba sus garras en lo alto del poste.



Palpé el cuchillo que llevaba oculto entre mis ropas. Conozco las ventajas de la paz pero sé que siempre es más fácil alternarla con la ayuda de un filo cortante.

Creo... creo que está aquí.

Tal vez, anciano.



Desde adentro alguien abrió la puerta. Era una masa inmensa de madera y bronce erizada de clavos y de un peso descomunal. El tipo de puerta que sólo hace debido a la existencia de enemigos terribles...

¡Eh, miren! ¡Dos forasteros!



Había música en todas las casas y los pobladores nos observaron desde lejos con ojos febriles. Un extraño clima reinaba en las calles y el hedor a perfume y basura se mezclaba por igual. Vi vestiduras de reyes y pies sucios y mujeres viejas pintadas como máscaras...

¡Miren el viejo!

¡Y el otro! ¡Qué fuerte es! ¡Y está lleno de cicatrices!



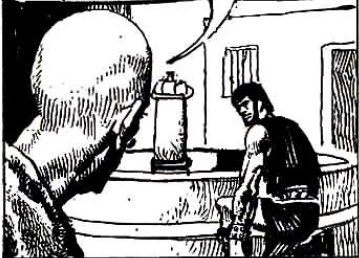
De pronto se cansaron de nosotros y de nuestro silencio y nos dejaron solos en medio del bullicio y del olor a basura y a vino, entre los gritos y el estruendo de ánforas rotas. Vi un cadáver tirado en una calleja y grandes hogueras chisporroteaban en las esquinas...

No entiendo. Parecen haber enloquecido todos.



Llegué junto a una fuente y bebí unos sorbos. Y por alguna razón sentí en el agua el gusto salado y nauseabundo de la sangre.

Tal vez, esperemos que no sea así. Este no es un lugar bueno para nadie.



El anciano desmontó y comenzó a interrogar a esos extraños habitantes febriles y ansiosos, oliendo a vino, a fuego y a oro.

No sé de qué me hablas, viejo. Déjame en paz.



Hermosas muchachas de ojos brillantes, cubiertas de joyas se burlaban de él y danzaron a su alrededor aturdiéndolo y pellizcándolo...

¡Baila, viejo! ¡Baila!



Una de ellas se me acercó y rodeó mi cuello con sus brazos. Olfía a vino y a aceites aromáticos. Un hombre aulló desde una ventana.

¿Dónde está el sacerdote, mujer? Debo preguntarle algo...



Ella se encogió de hombros y trató de besarme.

No sé. Y además el sacerdote no me interesa. En cambio tú...



Mujer, esta ciudad tuya, por algo que no entiendo, me da náuseas. Así que abrevia mi paso por ella y dime dónde está el sacerdote.



Señaló calle abajo y me insultó soezmente. Yo acaricé mi puñal y sujeté al viejo. Las tinieblas caían y un salvaje frenesí parecía convulsionar más y más las calles.

Vamos y cuídate. Es la locura la que está quemando estas calles.



Desde el poniente una tormenta comenzó a devorarse las estrellas. Y yo tuve una extraña urgencia por salir de allí.

Vamos, tal vez el sacerdote sepa algo.



Estábamos en una calleja cuando se nos cruzaron ellos. Lanzaron aullidos de hienas que casi parecían sollozos.

¡Eh, forastero! Deben ser forasteros...



Eran seis o siete y parecían ebrios. Se movían con desgano pero sus ojos se movían como los de fieras enloquecidas. Tenían piedras filosas en las manos y supe que querían divertirse a nuestra costa.

¡Eh, forastero!



Se cruzaron en la calle, cerrándonos el paso. No quise arriesgar nada y el puñal saltó de mis manos.

Ah. Conseguió burlar a los soldados.



Pasearon su mirada por mi puñal de dos filos y por fin dieron media vuelta y comenzaron a alejarse...

(Por los dioses... todos están... como locos...)



Al llegar a una de las esquinas, uno de ellos se volvió y arrojó su piedra.

¡Cuidado!



Hubiera querido correr tras de ellos pero él me detuvo. Sólo quería ver a su hija y lo demás no importaba.

Ayúdame. Debemos ver al sacerdote.



El templo debió ser hermoso alguna vez pero el olvido de los hombres lo había llenado de suciedad y malezas. Una de las puertas se desplomó fragorosamente al ser empujada...

¿Qué es esto?



Al pie de la columna había hombres y mujeres sucios de vino, y sobre lo que alguna vez fue el altar, un borracho dormitaba. A un costado una luz temblaba a través de un hueco...

Allá debe estar.



De entre las sombras salió él. Seguramente cuando los soldados requisaron las armas había ocultado aquella y ahora que estaba hastiado la empuñaba otra vez. Me eligió con los ojos...



¡Eh, tú! Eres un extranjero, ¿verdad? Pues bien, tú me servirás para un sacrificio.

Tú serás la víctima y yo oficiaré y los demonios de la noche aullarán de placer.



No me gusta matar cuando no sé por qué. Pero esa vez no hubo salida.



¡Ah!

¿Está muerto?

No sé si estaría loco pero sin duda era un idiota. No hay que jugar con una espada si no se sabe usarla bien.



El anciano no prestó mayor atención a todo aquello y con un paso rápido entró en la habitación iluminada. La sangre brillaba límpida y espesa en su rostro consumido.



Sacerdote.

El sacerdote era muy joven y sin embargo sus ojos parecían tan viejos como los del anciano y hasta la lentitud con que levantó la cabeza parecía...

¿Quién sois? ¿Qué puedo hacer por vosotros?



Somos extranjeros en tu ciudad, sacerdote.

No hace falta que me lo digáis. Sólo un extranjero vendría aquí.



Sacerdote, acabo de matar a un hombre y no sé por qué, En nombre de los dioses que sirves, dime, ¿qué pasa aquí?



Lentamente comenzó a hablar.

Alguna vez fuimos una ciudad como todas, con labriegos y artesanos. Las calles estaban limpias y la gente seguía a los dioses y vivía en paz. Eramos pobres hasta que un día encontramos una gruta llena de oro mientras cavábamos en busca de agua.



Todo cambió. Eramos ricos, no hacía falta trabajar más, ni luchar. Trajimos mercenarios y esclavos y danzarinas. La ciudad fue olvidada y el templo se convirtió en un basural. Los pozos se secaron pero el vino llenaba las casas.



Nuestra degradación llegó a tal extremo que los esclavos huyeron y los mercenarios se negaron a vivir en el perímetro de las murallas e instalaron su campamento en el exterior...



Súbitamente pareció agobiado.

Entonces llegó ella.



A mi lado el anciano impávido...

Llegó desde el desierto, curtida y pura. Había sido tocada por los dioses y nos traía su mensaje...



Nos habló con palabras que no eran de ella. Tenía la locura de los dioses, era su vehículo humano. Nos previno... nos suplicó detener la corrupción y la herejía...



Miró las murallas. Estaban desiertas bajo la tormenta naciente. Imaginé a los soldados del otro lado, soñando sobre sus lanzas, puros y duros, frente a la corrupción de la ciudad.

Los soldados sí la oyeron. Por eso abandonaron la ciudad.

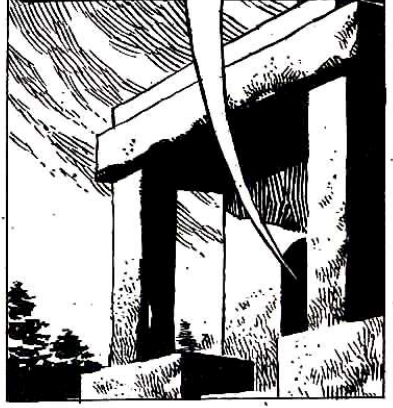


Se detuvo un momento...

Entonces...



Las gentes se enfurecieron. La odiaron y el odio explotó. La apresaron.



Ocultó el rostro entre las manos y en aquel gesto había mundos de dolor y mundos de vergüenza.

La llevaron fuera de la ciudad y la ataron a un poste de tormentos. Después le cortaron las venas.



Los soldados, horrorizados ante ese crimen, acordonaron la ciudad y nos quitaron las armas. Dijeron que querían que sobreviviéramos sólo para recibir el castigo de los dioses. No permiten que nadie abandone la ciudad. Nadie lo ha hecho.



El anciano comenzó a llorar. Lentamente, sin hacer ruido.

Y la dejaron allí, hasta que se desangró.



Los huesos han quedado allí. El esqueleto aún cuelga del poste y nadie se atrevió a sacarlo. Y ahora estamos así. Sé que pronto va a suceder algo. Algo justo y terrible.



Desde afuera llegó un trueno.

Terriblemente justo y justamente terrible.



El anciano quedó allí, agobiado. Ni lloraba. Apenas si murmuraba...

Hija. ¿Por qué? ¿Por qué?



De pronto calló.

¿Anciano?



Lo toqué y lentamente se deslizó a un lado.

Anciano...



Cayó al suelo muerto de pena y ausencia. Súbitamente su soledad había terminado y yo me sentí inútil en todo lo que había tratado de hacer por él. (Por lo menos ahora estarás con ella, pobre diablo.)



Salí y empujé al borracho que dormía en el altar.

¡Dioses!



Al escuchar aquel grito todos callaron. Sólo se escuchó el crepitar de alguna antorcha y la respiración agitada de alguna esclava.

¡Dioses! ¿Cómo podéis ser tan ciegos?



¡Ya no hay razón para que esto siga! ¡Samás! ¡Emki! ¡Oh, Madres Terribles! ¿Qué esperáis?



Un trueno brutal retumbó entre las columnas y en alguna parte restalló un rayo.

¡Es la hora de la ira!





El rayo cayó a mis espaldas y por un segundo la noche se volvió blanca...



Y una llama poderosa saltó hacia las estrellas, serpiente de fuego recién nacida. Oí un múltiple grito de horror.



Eché a correr entre los gritos de todos, pisando a los que estaban caídos y viendo otros fuegos encenderse en muchas partes.



Recuerdo los truenos y los rayos y las nubes girando sobre la ciudad. Recuerdo los habitantes huyendo a ninguna parte, las murallas de humo brotando de todas partes.



La puerta estaba abierta de par en par, la atravesé jadeante y me encontré ante el gran silencio de la noche mientras a mis espaldas, el infierno desatado hacía temblar los cielos.



Los soldados estaban allí, en un círculo. El jefe me vio y se me acercó. Su rostro de bronce no expresaba nada.

Temí por tí, guerrero. Aquí está tu espada, vete.



Un alarido llegó desde la ciudad y vi la gran puerta comenzar a cerrarse, pesadamente, empujada por varios soldados.



Las llamas eran más altas que las murallas y unas nubes de humo negro se elevaban hasta mezclarse con las nubes.

¿Por qué hacéis esto?



Algo se derrumbó en el interior y un remolino de chispas se entremezcló con el humo. Los rostros de los soldados estaban helados como cincelados en piedra.

Porque esto no es juego de hombres, guerrero. Porque esto es un juicio y una sentencia.



Volvíamos los ojos hacia la puerta y vimos el reflejo del fuego en sus maderos iluminados por la luz de las llamas, los herrajes de cobre lanzando destellos de sangre. La puerta. Cerrada. Cerrada y pesada como una lápida.

Es cruel.

Oh, sí lo es. No es bueno desafiar a los dioses.



Lentamente los gritos cesaron y sólo se escuchaba el crepitar de las llamas y estruendos de derrumbe. La puerta comenzó a humear.

Desdichados...



Mira, guerrero ...



El esqueleto se vencía en el soplo de la tormenta y de pronto comenzó a humear y volatilizarse en el vientre negro de la noche.



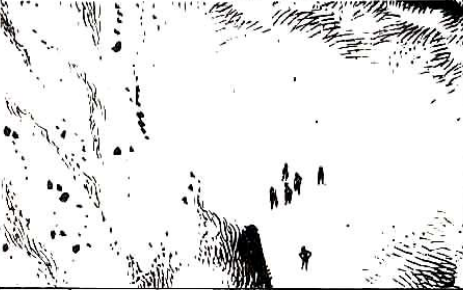
Por fin, sólo el grosero garfio quedó allí, negro y siniestro, como una garra muerta en un puño de madera.



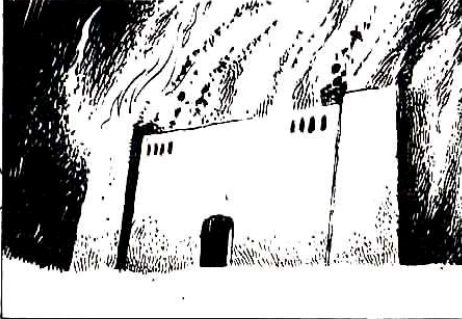
Este es mal lugar para todos, guerreros. Nosotros nos vamos.



Recogieron sus armas y sin apuro ni desorden se pusieron en marcha. Ninguno volvió la cabeza, como si ese infierno fuera un toque de magia inexistente a sus ojos. Se alejaron, fuertes y duros, sólidos y limpios con un chisporroteante ruido a bronce y un acre olor a lobo.



El fuego desperdigaba sombras cimbreadas por sobre la arena caliente. Comprendí que yo también podía irme. Esto había terminado y el puño de roca de los dioses se abrirá y volverá a ser mano abierta.



Y súbitamente tuve miedo. No por los muertos porque ellos ya estaban más allá de los miedos humanos. Tuve miedo por mí, porque muy cerca mío una justicia más poderosa que la de todas las civilizaciones y los reyes había lanzado sus aves de fuego sobre aquella ciudad. Y había cerrado la única puerta, esa que separa la vida de la muerte, con un golpe colosal que había hecho temblar la tierra hasta sus entrañas.



Fin